

Instituto Nacional de Patrimonio Cultural Regional 6
Ilustre Municipalidad del Cantón Gualaquiza
Proyecto Arqueológico Valle del Río Cuyes

Primer informe: presentación del proyecto e investigación bibliográfica preliminar

Catherine Lara I.

Cuenca, septiembre del 2009

PREÁMBULO

Resumen Ejecutivo

El proyecto cuyo primer informe se presentará a continuación tiene como objeto de estudio las impresionantes y poco conocidas ruinas arqueológicas del valle del río Cuyes, ubicadas en la provincia de Morona Santiago (cantón Gualaquiza). Dentro de su contexto geográfico y cultural, estas estructuras son sumamente valiosas tanto desde el punto de vista patrimonial como científico. No obstante, su subsistencia está en peligro.

El patrimonio representa un elemento clave de la identidad de una nación. Su protección pasa precisamente por un conocimiento adecuado del mismo (Lozny, 1998). El arqueólogo es justamente uno de los estudiosos de este patrimonio, y por lo tanto, su trabajo es fundamental dentro de los procesos de construcción de identidad de una nación. Esta relación entre arqueología y patrimonio es asegurada por las instituciones estatales encargadas de custodiar y promover los procesos patrimoniales e identitarios. En este sentido, el presente proyecto busca constituirse como un aporte a la protección, conocimiento y construcción de este legado patrimonial a nivel nacional y regional, en colaboración con el INPC (Subdirección del Austro), institución pública promotora del patrimonio en el área de estudio, y la Ilustre Municipalidad de Gualaquiza.

Antecedentes

El valle del río Cuyes se encuentra ubicado en las estribaciones orientales de la cordillera de los Andes, o selva alta. En el ámbito arqueológico, la Amazonía ha sido a menudo percibida como una “zona periférica con relación al desarrollo de las civilizaciones andinas” (Saulieu de, 2006). Por ende, la monumentalidad –generalmente asociada a sociedades complejas y desarrolladas- no ha sido considerada como rasgo característico de dicho medio.

No obstante, en las últimas décadas, las investigaciones arqueológicas en el área se han multiplicado, convirtiéndola en un foco de estudio cada vez más importante dentro de la propuesta de diversos modelos de adaptación al entorno, cuestionando así las premisas iniciales sobre esta supuesta marginalidad cultural. En el Ecuador, la investigación arqueológica en la Amazonía es bastante reciente, siendo Bushnell (1946), Rampón Zardo (Saulieu de, 2006), Meggers y Evans (1956), así como Porras (1971, 1975 a, 1975 b, 1978, 1987) o Harner (1972) los pioneros de una serie de estudios de esta índole que se han desarrollado en la Amazonía desde los años noventa, a partir de los proyectos de arqueología de los Quijos (Cuellar, 2006), del Upano (Rostain, 1999; Rostoker, 2005; Salazar, 2000; 2004;), de Morona-Santiago (Carrillo, 2003, n/d; Ledergerber, 1995, 2006, 2007, 2008) o de la región de Loja y Zamora-Chinchi (Saulieu de, 2006; Guffroy, 2004; Valdez et al., 2005; Valdez, 2008).

Morona-Santiago es, no obstante, una región todavía poco investigada arqueológicamente, pero en la cual las referencias bibliográficas dan cuenta de la existencia de conjuntos importantes de ruinas, tales como las del valle del río Cuyes,

cuestionando así la idea de una monumentalidad precolombina inexistente o poco desarrollada en el Oriente.

Ekstrom, Taylor, Carrillo y Salazar son los investigadores quienes más han trabajado en la zona. Si bien Ekstrom defiende una ocupación esencialmente inca del valle (Ekstrom, 1975), Salazar aboga más bien por una ocupación predominantemente cañari (2000, 2004). Por su parte, Taylor (1988; Taylor y Descola 1981) y Carrillo (n/d, 2003) proponen una ocupación cañari e inca a la vez, aunque desde modalidades políticas distintas. Con excepción de Carrillo, cuyos informes lastimosamente no han podido ser localizados, las hipótesis de los tres otros autores no se basan en la evidencia arqueológica de la zona.

En síntesis, la zona de estudio como tal constituye un espacio clave dentro del contexto académico actual de la arqueología, al tratarse de una región de contacto entre Sierra y Amazonía, posiblemente asociada a niveles de complejidad social generalmente descartados en este tipo de medios. No obstante, tal como lo señala Lippi, “las zonas transicionales tuvieron más importancia durante la época prehispánica que durante la época moderna” (Lippi 1998 b: 115). Sin embargo, en el caso del valle del río Cuyes, este patrimonio de suma relevancia cultural y científica es poco conocido y corre graves riesgos.

Justificación

Tal como se lo pudo observar en recorridos previos, el valle del río Cuyes es efectivamente un área arqueológica amenazada, por la presencia creciente de las compañías mineras, la construcción de la carretera Jima-Gualaquiza, la explotación maderera, o sencillamente el deterioro de los sitios debido a la erosión, la vegetación o la acción del ganado o de fauna silvestre. Por otra parte, al igual que en otras regiones del país, la negligencia contribuye a fomentar prácticas de huaquería que atentan contra la integridad de este legado.

Situación sumamente grave, tanto por el valor que revisten estas ruinas dentro de las temáticas propiamente arqueológicas y científicas enunciadas más arriba, como por su calidad de patrimonio vinculado a la identidad no solamente de la localidad, sino también del país y el mundo andino en general. Desde este punto de vista, es necesario e imperativo emprender investigaciones que permitan entender mejor la naturaleza y la afiliación cultural de estos sitios, de cara a la toma de medidas que aseguren su protección gracias a la acción conjunta entre científicos, instituciones estatales y comunidades locales.

Se escogió estudiar el registro monumental porque es el más visible, el más novedoso dentro del contexto (como se pudo ver), el más amenazado, y aquel que mejor responde a las inquietudes que se han generado hasta aquí en torno al Cuyes precolombino. Así, este trabajo pretende aplicarse a un caso concreto dentro del cual las fuentes ya existentes hablan de sociedades complejas, categoría conceptual cuyas características incluyen –entre otros elementos- la monumentalidad como indicador de un

nivel de organización que denota un grado mínimo de jerarquización (Laguens, 2006; Renfrew y Bahn, 1996). En arqueología, el concepto de monumentalidad da cuenta de niveles de organización política complejos, categoría que por mucho tiempo había sido descartada del escenario cultural amazónico precolombino. Razón por la cual el estudio de estos vestigios sería un aporte dentro de esta redefinición de los procesos culturales precolombinos en la Amazonía y en el mundo andino en general.

Objetivos de los servicios de Consultoría

Objetivo general

Este proyecto tiene como propósito desembocar en un mejor conocimiento de los sitios monumentales arqueológicos del valle del río Cuyes desde el punto de vista de su configuración espacial y su afiliación cultural.

Objetivos específicos

Los conocimientos preliminares sobre el área de estudio sacaron a relucir dos problemáticas fundamentales de cara a un primer acercamiento propiamente arqueológico de la zona: la filiación cultural de las sociedades asociadas a la construcción de las ruinas (incas, cañaris y/o locales) por un lado, y en menor medida, la funcionalidad de las estructuras identificadas por otro.

En nuestro caso, y tomando en cuenta el aspecto preliminar del presente trabajo, se espera más que nada poder obtener información sobre el origen cultural de los “arquitectos” del Cuyes gracias al análisis y datación de muestras de material arqueológico (cerámica fundamentalmente) recuperado dentro de y en los alrededores de las estructuras. Se espera luego encontrar cerámica inca, cañarí, o local, así como material lítico y eventualmente metalúrgico, según se pudo vislumbrar en investigaciones previamente realizadas en la zona. Este aspecto está más volcado hacia la dimensión cronológica de la zona estudiada.

En lo que se refiere a la funcionalidad de los sitios, se espera poder explorarla gracias al análisis de la arquitectura de los sitios y eventualmente, con la ayuda de las muestras de material recolectado en cada uno de ellos. Esta parte del trabajo enfatizará el componente espacial (delimitación y levantamiento topográfico de los sitios), por lo que se espera generar mapas de sitios, mapas analíticos y de detección de riesgos, desde el punto de vista de la prevención prevista por el proyecto.

Cabe acotar que los datos obtenidos en el campo sobre estas dos problemáticas serán interpretados a la luz de la investigación bibliográfica detallada sobre el área de estudio y sobre temáticas a ellas vinculadas, que será llevada a cabo en el marco del proyecto.

Metodología

El presente proyecto se propone trabajar siguiendo los lineamientos de la metodología del reconocimiento arqueológico. A nivel conceptual, éste consiste en la exploración del terreno, así como la búsqueda y registro de los sitios arqueológicos, dentro de un objetivo preciso. Provee además las herramientas necesarias a la interpretación de culturas pasadas, y se caracteriza por su aspecto no-destructivo del material estudiado.

Tal como lo recuerda Banning (2002), el reconocimiento arqueológico puede ser la fase inicial de un proyecto arqueológico a largo plazo o una herramienta de estudio orientada hacia un aspecto particular de culturas pasadas, así como la obtención de datos para la preservación de sitios amenazados. Asimismo, -y ésta es la segunda faceta esencial del concepto- el carácter no destructivo del reconocimiento arqueológico (Burger y otros, 2002-2004; Drennan, 1996; Ferdière, 2006 b) lo relaciona estrechamente con la arqueología de rescate y otras políticas de preservación de sitios arqueológicos, tales como los inventarios patrimoniales llevados a cabo por las diversas entidades culturales tanto a nivel local como regional (Ferdrière, 2006a), así como el registro y la conservación de sitios que eran desconocidos o poco conocidos (Banning, 2002), como es el caso en el valle del río Cuyes. El reconocimiento arqueológico se orienta efectivamente hacia el estudio de los sitios mejor conservados (y por ende, más visibles), o los más representativos de un periodo determinado. Se trata además de un tipo de arqueología “predictiva”, pues permite establecer mapas de riesgos o de potencialidades de una región a nivel arqueológico (Ferdrière, 2006a).

A nivel metodológico ahora, el reconocimiento arqueológico es una técnica flexible, que se adapta a diversos contextos de investigación, pero que cuenta generalmente con tres etapas básicas: la investigación bibliográfica, la fase de campo y el nivel analítico de los datos así obtenidos. Estas tres etapas conformarán los ejes básicos de este proyecto en el valle del río Cuyes. Veamos rápidamente en qué consiste cada una de ellas.

La investigación bibliográfica preliminar –que será presentada en este primer informe- suele incluir un estudio geográfico, ecológico, histórico y teórico del área de estudio. El acápite geográfico ecológico es fundamental en el sentido en que permite entender los escenarios naturales en que se desempeñaron las culturas estudiadas, y preparar el componente logístico de la fase de campo. Por su parte, la exploración histórica y teórica consiste en estudiar documentos de archivos o tradiciones orales referentes a la zona de estudio, así como revisar investigaciones arqueológicas ya realizadas en la zona o sobre temáticas relacionadas a ella. Al término de esta etapa, el arqueólogo cuenta ya con una visión clara de las diversas problemáticas en juego en su espacio de trabajo. En este caso, esta revisión estará enfocada hacia las dos temáticas escogidas como objetivos de nuestra investigación, a saber, la problemática de la asociación cultural del registro analizado, y posiblemente de la funcionalidad de los sitios estudiados, a través del componente espacial enunciado en los objetivos.

La fase de campo se da en el terreno mismo, y se define esencialmente por el registro de los vestigios que conforman el objeto de la investigación. En función de las

herramientas principales empleadas, el reconocimiento arqueológico puede ser de cuatro clases –no excluyentes- : aéreo, por introspección del suelo, por recolección de material y por observación (mapas, GPS, estación total). De acuerdo a los medios disponibles en el marco de este proyecto, se trabajará primeramente con técnicas de observación, registro y mapeo de las características arquitectónicas de las estructuras estudiadas con la finalidad de delimitar los sitios en el espacio, y definir la metodología y ubicación de los cateos y pruebas de pala que se proyecta llevar a cabo con la finalidad de abordar el componente cronológico y cultural de las culturas asociadas a la construcción de los sitios monumentales del valle del río Cuyes.

Etapas de ejecución y actividades

Acorde a la metodología del reconocimiento arqueológico, se propone realizar este trabajo en tres etapas: la investigación bibliográfica preliminar, la fase de campo, y la interpretación de los datos. Esta última etapa será llevada simultáneamente a las diversas etapas previstas para la fase de campo.

La consulta y profundización de fuentes existentes sobre los objetivos enunciados, - primera etapa del proyecto- fue llevada a cabo en el transcurso del mes de agosto. Los resultados de esta investigación serán expuestos en este primer informe, en que se presentará también la metodología que será empleada en la primera etapa de la fase de campo. Ésta se dividirá efectivamente en dos etapas: la primera, llevada a cabo en septiembre, se concentrará en la delimitación de sitios (componente espacial de nuestros objetivos), a raíz de lo cual se presentará un informe sobre la misma con mapas y dibujos, informe que incluirá una propuesta de metodología y ubicación de los cateos proyectados para la siguiente fase de campo.

En octubre, se iniciaría la segunda fase de campo, con la etapa de cateos y pruebas de pala en sectores estratégicos definidos en base a los resultados de la primera fase de campo, teniendo esta vez en mente el componente cronológico y de afiliación cultural abarcado por los objetivos del proyecto. Para esta etapa se tienen previstas dos entradas al campo: la primera, que se realizará en octubre mismo (tres semanas), y se enfocará en la parte alta del valle (caseríos de Espíritu Playa, San Miguel y Ganazhuma). En la última semana de octubre, se presentará un informe preliminar de los resultados obtenidos en dicho sector. Se procederá de la misma forma en noviembre (tres semanas de campo y una para la elaboración del informe), esta vez en la parte baja del valle (caseríos de La Florida, El Cadi, Nueva-Tarqui).

De manera a facilitar el proceso de análisis de los materiales recuperados, se propone analizarlo localmente, en la medida de lo posible. El trabajo de laboratorio incluirá el lavado de materiales, su registro, catalogación y análisis. Desde luego, las muestras de carbón y de suelos deberán ser llevadas a Quito o Guayaquil, eventualmente al extranjero. Desde luego, los resultados de estas muestras serán incorporados en el informe final, el cual será presentado en diciembre.

INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA PRELIMINAR

Ésta se dividió aquí en cuatro partes: exploración geográfica y ecológica, estudio etnohistórico-etnográfico y por último, exploración de las fuentes relacionadas con la problemática de la investigación.

Geografía y ecología

División política

El valle del río Cuyes está ubicado en el cantón Gualaquiza (de cabecera cantonal epónima), provincia de Morona-Santiago, al sureste del Ecuador. Morona-Santiago limita al oeste con las provincias de Chimborazo, Cañar y Azuay, al norte, con Tungurahua, al noreste, con Pastaza, al este, con Perú, y al sur, con Zamora-Chinchipec.

El cantón Gualaquiza, por su parte, ocupa el extremo suroeste de la provincia, y se divide en diez parroquias. La mayoría de sitios arqueológicos registrados a lo largo del valle del río Cuyes se ubica en las tres primeras parroquias, a saber: San Miguel de Cuyes, Amazonas y Nueva-Tarqui (Ministerio de Turismo; I. Municipio de Gualaquiza).

El acceso al valle del río Cuyes se realiza actualmente por Gualaquiza desde la Amazonía y por Jima (provincia del Azuay) desde la Sierra. Efectivamente, la carretera Jima-Gualaquiza está todavía en construcción. Del lado de Jima, se encuentra actualmente en el páramo de Moriré. Desde la Amazonía en cambio, la vía llega hasta La Florida (parroquia de Nueva-Tarqui). Por lo tanto, entre el páramo de Moriré y La Florida, la circulación en el valle es pedestre, a lo largo de un camino que, se cree, es usado desde tiempos precolombinos.

Clima

En calidad de zona de transición entre Sierra y Amazonía (es decir, estribación, selva alta o montaña [Salazar, 1989]), el valle del río Cuyes se caracteriza por un contraste climático que define una diversidad de micro-ambientes. Siguiendo la clasificación de Holdridge, Lippi (1998 a) identifica tres tipos de pisos ecológicos correspondientes a la ceja de selva, debajo de la zona de páramo: el bosque húmedo montano bajo (entre 2 900 y 2 400 m.s.n.m., que correspondería en este caso a la zona de Espíritu-Playa), el bosque muy húmedo montano-bajo (entre 2 500 y 2 000 m.s.n.m.,

correspondiente a los sectores de San Miguel y Ganazhuma), y el bosque húmedo pre-montano (entre 2 000 y 3000 m.s.n.m., es decir, de Ganazhuma a Nueva-Tarqui).

La zona de ceja de selva (o selva según Ekstrom; 4 000-2 500 m.s.n.m.) se caracteriza como muy húmeda, debido a la presencia de masas de aire que chocan contra los montes y se condensan, generando así precipitaciones o acumulaciones de nubes (Lippi, 1998 a), a veces interrumpidas en los valles. El relieve de la selva alta (o montaña 2 500-1 000 m.s.n.m.) es menos accidentado, y caracterizado por valles estrechos. Por último, aparece la selva baja, llanura amazónica o hylea (a partir de los 1 000 m.s.n.m., en la parte baja del valle del río Cuyes) (Ekstrom, 1981; Peñaherrera del Águila, 1977). En este sentido, San Miguel se encuentra entre la selva baja y la montaña, mientras que Amazonas se ubica en plena zona de montaña, y Nueva-Tarqui, en la transición entre montaña e hylea (Ekstrom, 1981).

Según Lippi (1998), la fuerte evapotranspiración define a la zona de estribación como generalmente húmeda. Su temperatura varía entre los 12 y los 24°C (Ibid.), siendo las noches considerablemente frescas (Salazar, 1989). Este clima permitió a los habitantes precolombinos del valle del río Cuyes aprovecharse de cultígenos de origen serrano y amazónico.

Como vemos, y como lo confirman diversos autores y viajeros (Festa, 1993; Merisalde y Santisteban, 1992; Vega-Toral, 1958), estamos aquí frente a un clima generalmente ameno, húmedo, pero no en exceso, lo cual permite una irrigación natural de los cultivos y favorecería *a priori* posibles asentamientos humanos. Se puede no obstante resaltar que los climas tropicales son los más destructivos para el registro arqueológico, debido a la intensidad de las precipitaciones, la acidez de los suelos, las temperaturas elevadas, y el fuerte grado de humedad (Renfrew y Bahn, 1996).

Geología

Dentro de un reconocimiento arqueológico, el factor geológico permite obtener una idea general de los tipos de rocas y suelos dominantes en una zona de estudio, más aún si se trabaja con evidencia monumental (Jung, 2006), como será el caso aquí.

Los suelos del valle del río Cuyes se caracterizan por su alta concentración en depósitos aluviales (Barragán, 1991) y en rocas metamórficas y volcánicas (Carrillo, 2003; Ekstrom, 1981). En términos generales, el sector occidental de la Amazonía ecuatoriana consta además de formaciones intrusivas granitoides (Barragán, 1991). Las rocas sedimentarias constituyen un nivel apto al desarrollo de actividades humanas tales como la agricultura, el implemento de infraestructura y el uso de materiales de construcción (Nehlig, 1999). Desde este punto de vista, la constitución pedogénica del valle del río Cuyes parece ser propicia a la ocupación humana.

Estos materiales fueron efectivamente empleados en la construcción de varias estructuras: Ekstrom señala así que las paredes de Trincheras están compuestas por una roca local, la filita, así como una gruesa argamasa amarillenta (Ekstrom, 1987). Salazar

(2000), por su parte, observa que las paredes de El Cadi fueron levantadas a partir de bloques de rocas meteorizadas (esquistos y gneiss), extraídos de las canteras naturales formadas en las quebradas de los abundantes cursos fluviales. Durante recorridos previos, se evidenció además el uso de cantos rodados, los cuales forman parte de la clase de las ruditas, rocas sedimentarias de elementos aglomerados (Nehlig, 1999). La explotación de materiales pétreos cercanos a fuentes de agua no es un azar: al estar expuestos a los flujos de los cursos de agua, los más resistentes de ellos permanecen íntegros: serán los más aptos a la edificación de estructuras (Rapp, 1998).

La filita, al igual que el esquistos y el gneiss, es una roca metamórfica (Ibid.), categoría que se asocia a varias clasificaciones geológicas de acuerdo a su origen sedimentario y sus minerales característicos: piedra caliza, basalto, andesita, granito (para el gneiss) por un lado, y mica por el otro (Nehlig, 1999), rocas que se encuentran en el valle del río Cuyes. Valga recalcar además que la mica es usada como desgrasante en la alfarería, y que la andesita vesicular es a menudo empleada en las manos y morteros (Rapp, 1998), abundantes en el sector. Desde otro punto de vista, los suelos arcillosos y arenosos próximos a los cursos de agua son propicios al cultivo del maní (*Arachis hypogaea*) (Lathrap, 1970).

En cuanto a la pedología, los suelos de estribación son relativamente fértiles, aunque padecen carencias en fósforo y una fuerte erosión debido al grado de inclinación de la pendiente y las lluvias, que exige el uso de abonos (Salazar, 1989), así como de infraestructuras agrícolas adecuadas al control de la erosión, lo cual explicaría quizá la presencia de terrazas en el valle del río Cuyes. El fuerte grado de erosión es también un factor que debe tenerse en cuenta en lo que se refiere a la conservación de los materiales. Ekstrom (1981) señala que se conoce poco acerca de los suelos de la región específica del valle del río Cuyes, pero en términos generales, explica que tienden a ser muy ácidos, poco fértiles y profundos, aunque existen variaciones en la hylea (sector de Nueva Tarqui), debido a la presencia intermitente de suelos de várzea (Ibid.).

Los suelos del valle del río Cuyes son predominantemente oscuros, rojizos o amarillos. En pedología, los suelos rojizos y amarillentos son generalmente la señal de superficies bien drenadas y oxigenadas, que fueron además sometidas a fuertes temperaturas, a menudo causadas por incendios de origen antropogénico, así como un clima caracterizado por períodos de sequía y humedad (Rapp, 1998). Las dos categorías de suelos que predominan en el valle del río Cuyes son los histosols y los inceptisols. Los primeros, más bien pantanosos (Rapp, 1998), no parecen contar con la presencia de sitios monumentales. Los inceptisols por su parte son suelos muy comunes que se caracterizan por la acumulación de materiales diversos y ceniza volcánica. Ubicados al pie de los macizos orográficos, se encuentran generalmente entre suelos de tipo aluvial y aquellos de mayor fertilidad, tierra adentro. Los inceptisols indican la presencia de un ecosistema equilibrado en que diversas formas de agricultura pueden ser llevadas a cabo (Ibid.).

En términos generales, se considera además que el limo que se desprende de las estribaciones orientales de la cordillera es altamente fertilizante (Lathrap, 1970). Este desprendimiento, aunque frenado por la densa masa vegetal que cubre las pendientes de la caja de selva, es no obstante acentuado por la erosión, fenómeno controlado mediante el implemento de la infraestructura agrícola adecuada, especialmente terrazas (Ibid.).

Por otra parte, y como se verá más adelante, la zona del valle del río Cuyes es famosa por sus placeres auríferos (Alcedo, 1960; Barragán, 1991; Fuentes Bonilla, 1986; Herrera, 1986; Jaramillo, 1936; Pacheco, 1986; mapa de Erazo, 1922). En los macizos de los piedemontes orientales andinos, el oro se encuentra asociado a rocas metamórficas y volcánicas del Paleozoico y el Terciario Superior, así como a cuerpos intrusivos ácidos e intermediarios. Se lo encuentra también en formaciones sedimentarias (Barragán, 1991). Los yacimientos fluviales de oro se forman a través del flujo de los cursos de agua: al disminuir la velocidad de los cauces (en curvas por ejemplo), las partículas más pesadas arrastradas por el torrente se acumulan, formando así lo que se conoce bajo el nombre de placeres auríferos, los cuales se depositan en las orillas de los ríos al incrementarse nuevamente el caudal (al surgir un afluente montañoso por ejemplo) (Rapp, 1998). El cobre puede encontrarse también de esta manera en los ríos (Ibid.).

La presencia de materiales pétreo y metalúrgico en la confluencia de los ríos explica quizá la importancia de este tipo de medio dentro de la ocupación humana del valle del río Cuyes.

A modo de balance de este apartado geológico, vemos luego que si bien los suelos de la región no son óptimos, existen mecanismos que permiten manejar este factor (terrazas por ejemplo). Por otra parte, la abundancia en recursos pétreos y minerales (a más de la fauna y la flora), favorece la presencia humana en la zona.

Orografía

En lo que se refiere a la orografía, la región comprendida entre Morona-Santiago y Zamora-Chinchipe presenta un perfil conformado por valles jóvenes encañonados y quebradas, generalmente ubicados entre los 3 000 y los 600 metros de altura (Barragán y otros, 1991), los 2 000 y los 600 m.s.n.m. (Salazar, 1989) o los 2 900 y los 300 m.s.n.m. (Lippi, 1998 a). Existen además algunos cerros cuya altura sobrepasa el promedio de los sectores en que se ubican: la Loma Cocos (2 430 m.s.n.m.), el cerro Cumbreñas (2 410 m.s.n.m.), la loma Ganazhuma (2 359 m.s.n.m.), Buenos-Aires (1 467 m.s.n.m.) y Nueva-Zaruma (1 517 m.s.n.m.) principalmente.

El valle del río Cuyes comienza al extremo oriental de la cordillera Tutumashi. Las playas que bordean el río son poco numerosas y más bien estrechas, por lo cual los sitios arqueológicos y los asentamientos humanos actuales se ubican en mesetas que descienden abruptamente hacia el río a manera de quebradas, especialmente en la parte alta del valle.

Efectivamente, en el valle del río Cuyes, los asentamientos actuales y los sitios se ubican a lo largo del río, más particularmente en su margen izquierdo. Carrillo resalta de hecho que el patrón de asentamiento precolombino en el sector parece haber adoptado una configuración ribereña lineal; el grado de inclinación de las pendientes explicaría así la ubicación de los sitios en las laderas de las montañas (mediante el implemento de terrazas por ejemplo) y en las cimas de las elevaciones orográficas (Carrillo, 2003).

Contrariamente a lo que podría imaginar una mentalidad citadina actual, los medios de pendiente son ventajosos en economías en que la agricultura se realiza con herramientas manuales y las cargas son llevadas por hombres o animales. Reducen efectivamente las distancias, facilitando así diversos tipos de intercambio. La disminución de distancias, permite además un control más eficiente de las zonas involucradas y en este caso, este fenómeno se acentúa pues como el valle es angosto, no existen muchas opciones de lugares de asentamiento (Dollfus, 1986). Donkin observa que en tiempos precolombinos, los medios de piedemonte y sus pendientes eran de hecho preferidos a las tierras bajas (Donkin, 1979; Patrick, 1980).

Hidrografía

Los ríos desempeñan asimismo un papel cultural clave, puesto que se trata muchas veces de focos importantes de ocupación humana y zonas que constituyen pasos naturales, en este caso, entre Sierra y Amazonía (Salazar, 2000). Por otro lado, la presencia de este tipo de redes fluviales acelera los procesos de erosión y de acumulación de aluviones que modifican los contextos sistémicos de los sitios (Renfrew y Bahn, 1996). De hecho, debido a la inclinación de terreno, los ríos de la ceja de selva son torrentes, por lo que no son navegables y acumulan grandes cantidades de piedra caída de las pendientes (Peñaherrera del Águila, 1977).

En el valle del río Cuyes, los ríos no son navegables: son corrientes caudalosas que se abren paso entre los macizos montañosos, es decir, caminos que permiten circular a lo largo del río Cuyes y de sus diversos afluentes, y tener acceso a áreas y recursos distantes. Forman cañones profundos, a veces puntuados por la presencia de pequeñas planicies en sus orillas. Al llegar a las tierras bajas, aparecen bajo la forma de meandros, típica de las redes fluviales amazónicas (Lathrap, 1970).

El río Cuyes nace en el macizo aurífero del Cado, aledaño al páramo de Moriré, y sigue su curso hacia el sureste a lo largo de 48 kilómetros, para finalmente desembocar en el Bomboiza al unirse con el Cuchipamba (Carrillo, 2003). Se origina en realidad bajo el nombre de “Espíritu Playa”; se le une luego el “Quebrada Hierba Buena” y forman así el Tushkapa, en las inmediaciones del pueblo de Espíritu Playa. Al juntarse con el río Moriré y la Quebrada Molinos, el Tushkapa toma el nombre de San Miguel de Cuyes. A lo largo de su caudaloso recorrido, este río no navegable es alimentado por cuantiosos cursos de agua que bajan desde el relieve accidentado propio de la zona de estribación; no obstante, las cartas topográficas sólo dan el nombre de los más conocidos localmente: el río Altar, las quebradas Santa Elena y Buena Esperanza, el río Hondo, el río Zapas, las quebradas Bravo y Chanzas en su margen izquierdo (de noreste a sureste); el río Tutumashi, la Quebrada Cocos, el río San Pablo y la Quebrada Tránsito en su margen derecho, siguiendo la misma orientación (IGM: mapas cuadrícula WGS-84, edición 1 IGM, serie J721, hoja NV1-A3, 3884-III; CT-ÑVI-C1 1:50 000, 3883-IV, serie J721 1: 50 000; 1-IGM; J721; ÑVI-C2, 3883-1 1: 50 000).

El río Cuyes tiene numerosos afluentes, lo cual explica que prácticamente todos los sitios estén situados a proximidad de un cruce entre el Cuyes y algunos de ellos. No obstante, esta relación de proximidad al río se da de formas diversas: algunos de los sitios están directamente ubicados en los cruces entre el Cuyes y alguno de sus afluentes (Espíritu Playa, Playa, (Ganazhuma), El Cadi, San Juan), otros están más alejados de ellos, pero ofrecen vistas panorámicas sobre los mismos: La Cruz, las terrazas de Espíritu Playa y Nueva-Zaruma, Trincheras, Santopamba, La Florida, Río Bravo, Buenos-Aires, Nueva-Zaruma I y II. Otros finalmente no tienen vista alguna sobre el río (Santa Rosa), lo cual habla quizá de funcionalidades distintas.

Flora y fauna

Es comúnmente aceptado que los medios tropicales cuentan con una gran variedad de especies, pero pocos individuos que las representan (Ekstrom, 1981), aunque en el caso de la región del valle del río Cuyes, cronistas y viajeros son unánimes en alabar la abundancia de recursos existentes (a manera de ejemplo, ver Tello, 1992 (1766): 467):

La ceja de montaña cuenta efectivamente con una flora tropical muy variada, constituida principalmente por bejucos, palmas, helechos arborescentes y plantas maderables (Salazar, 1989).

En Espíritu Playa (bosque húmedo montano bajo), “se dan bien” el maíz (*Zea mays*), la papa china (*Xanthosoma saggitifolium*), la naranjilla (*Solanum quitense*), el fréjol “permanente” (*Phaseolus vulgaris*), y el repe, denominación local de una clase de plátano usado como ingrediente en las sopas. Se trata de un medio aún vulnerable frente a las heladas, en el que predominan especies leñosas y de las Cinchonas o cascarillas, base de la extracción de la quinina, de la cual la mayor variedad existe en el Ecuador (Idrovo, 2000).

Los pisos ecológicos siguientes (bosque húmedo pre-montano y muy húmedo montano bajo) en cambio, permiten una mayor variabilidad de cultivos subtropicales a más del maíz, aunque sus suelos favorezcan más bien la cobertura vegetal de bosque (Lippi, 1998 a). Aquí predominan las palmas, Scitaminias, Musáceas; árboles grandes y una cantidad considerable de plantas epífitas (Idrovo, 2000). En la zona de montaña, los árboles tienden a ser más altos (hasta 27 metros), y aparecen las Rubiáceas junto a las Epífitas (Ekstrom, 1981). En la hylea, Ekstrom observa que la vegetación es menos densa, aunque los árboles son más frondosos y gruesos, dejando pasar menos luz, lo cual restringe la cubierta vegetal de los suelos. A más de los líquenes, las lianas, las bromelias, tenemos también los géneros *Sapotaceae*, *Phytelephus* y varias especies de Guadúa.

En términos generales, entre las especies maderables, aparecen asimismo el cedro (*Cedrela odorata*, *Huertea orandulosa*), cedrillo, almendro (o caoba) (*Srvietona abovata*), tumbingue, canelo (varia especies), laurel (*Laurus nobilis*), sangre de gallo. Las palmas están esencialmente representadas por el pambil (*Socratea sp.*), la chonta (*Bactris gasipaes*), y la *Aphandra natalia* o chile. En lo que se refiere a especies

alimenticias, tenemos el mango (*Mangifera indica*), la guayaba (*Psidium guajava*), el plátano (*Platano occidentales* y *Musa sp.*), la yuca (*Manihot esculenta*), el ají (*Capsicum sp.*), el achiote (*Bixa orellana*), la granadilla (*Pasiflora vitifolia*) y el cacao (*Theobroma cacao*).

En el ámbito de las plantas medicinales, crecen también la guayusa (*Ilex guayusa*) y la coca (*Erithroxylon coca*), mientras que entre los alucinógenos encontramos la *Banisteriopsis caapi* o *ayahuasca* entre los Quichuas, y el floripondio (*Brugmansia arborea*, antes *Datura arborea*) (Morales y Schellerup, 1999 a y b).

Actualmente, el bosque primario está poco a poco desapareciendo para ser reemplazado por amplios pastizales de gramalotes, fenómeno recurrente en la Amazonía ecuatoriana (Descola y Taylor, 1977).

En lo que se refiere a la cubierta vegetal, la superficie de los suelos de ceja de selva está constituida por una capa importante de humus y raíces, la cual retiene la humedad de las precipitaciones ocultas, a manera de una esponja, que se escurre en las épocas más secas y mantiene el nivel de los cursos de agua (Peñaherrera del Águila, 1977). Este fenómeno también se repercute a nivel de la conservación de los sitios (muchos de ellos están sin duda sepultados debajo de estas capas de vegetación, se ven pocas concentraciones de materiales de superficie fuera de los monumentos identificados, etc.), así como en la organización logística del trabajo de campo.

La fauna apta al consumo humano es poco abundante en la zona, debido a las propiedades intrínsecas del medio. En este sentido, se destacan principalmente la danta (*Tapirus punchaque*), el armadillo (*Dasyopus novemcintus*), la guanta (*Dasyprocta puntata*), la guatusa (*Cuniculus paca*), el sajino (*Tayassu peccari*), el “cuchuchi”, y el “michi” (denominaciones locales). Los pequeños agricultores de la zona temen también al “puma”, cazado en múltiples ocasiones por los daños ocasionados al ganado. El oso andino (*Tremarctos ornatus*), es asimismo caracterizado como típico de las zonas de estribación. En lo que se refiere a aves más precisamente, constan perdices (*Grypeturellus sp.*), pavas de monte (*Penélope sp.* y *Ortalis sp.*), patos (*Anas discors.*), faisanes, loros, buglas, predicadores y gallos de monte.

La pesca es una fuente de subsistencia considerable, debido a la presencia del río Cuyes y sus numerosos afluentes. El bagre parece ser una especie nativa, pero está ya en vías de extinción, contrariamente a la trucha, que abunda actualmente en esas aguas, al igual que la tilapia.

A nivel de la flora y la fauna, tenemos luego un medio relativamente generoso y apto a la supervivencia del ser humano, así como la presencia de posibles recursos “exóticos” (plumas, resinas...), eventualmente relevantes desde la perspectiva de posibles usos culturales. Una vez más, cabe resaltar que los factores vegetales y faunísticos tienen no obstante una fuerte incidencia en la conservación del registro material monumental. En efecto, la vegetación suele romper las paredes de las estructuras, mientras que materiales de construcción orgánicos como la madera desaparecen muy rápidamente bajo la acción de estos agentes (Renfrew y Bahn, 1996).

A modo de balance de este panorama geográfico del sector, vemos luego que el valle del río Cuyes se caracteriza por un medio que a la vez limita y favorece la ocupación humana, así como la preservación de sus vestigios. Limita pues se trata de un medio considerablemente húmedo, de relieve accidentado, suelos frágiles y de fauna y flora diversa pero representada por pocos individuos. No obstante, es también un medio rico en recursos susceptibles de ser aprovechados mediante el implemento de tecnologías particulares, como el mecanismo de terrazas por ejemplo.

ETNOHISTORIA Y ETNOGRAFÍA

Las estribaciones orientales en la colonia.

Desde los inicios de la Conquista, el afán de enriquecimiento de los españoles – nutrido por fabulosas leyendas acerca del Nuevo Mundo-, justificó en gran medida sus misiones de exploración y anexión de tierras difíciles de acceso, luego de haber ya consolidado su poder hegemónico entre los grandes centros de poder del continente. Desde este punto de vista, las estribaciones orientales de la Cordillera fueron exploradas por los conquistadores desde épocas relativamente tempranas. De hecho, la competencia entre potencias europeas por el control de los territorios americanos aceleró su rápido despliegue a través del continente. Por otra parte, las necesidades económicas de una Corona Española en pleno proceso de formación, justificaron la necesidad de un conocimiento exhaustivo de los recursos humanos y materiales disponibles en las zonas conquistadas.

Entre los años 1541 y 1560, las misiones de exploración y conquista en la ceja de montaña oriental fueron seguidas por la fundación de 16 asentamientos adjudicados a la jurisdicción de Quito, desde el río Caquetá hasta el Marañón (Lovecchio y Glaser, 2006). Estos asentamientos se caracterizaron por una explotación masiva de materias primas (especialmente metales), lo cual significó una nueva dinámica geográfica en la zona: en una primera etapa, los asentamientos españoles recién fundados fueron esporádicamente ocupados por aventureros europeos, pero, poco a poco, familias de colonos llegaron a habitarlos, creando así un mestizaje que surgió en respuesta a la incorporación forzada de las poblaciones indígenas de la zona a la administración española. Esta política administrativa generó un flujo migratorio entre poblaciones indígenas, las cuales siguieron rutas de contacto ya existentes antes de la conquista, o al contrario, crearon nuevas vías de circulación demográfica.

Sin embargo, la mano de obra indígena local llegó pronto a escasear en las explotaciones mineras de las estribaciones, por lo que, entre 1550 y 1599, miles de indios paltas y cañaris fueron deportados a la región para trabajar en la explotación de los placeres auríferos (Ibid.). Se calcula que entre 1541 y 1560, esta actividad generó la fundación de 12 localidades (Ibid.).

Como consecuencia, la empresa de colonización española en las provincias orientales conoció pronto serias dificultades a partir del último cuarto del siglo XVI,

debido especialmente a los levantamientos indígenas en reacción a las políticas de encomiendas y de explotación de la mano de obra en las minas, sin contar las numerosas epidemias traídas por los europeos, que diezmaron a las poblaciones locales. Es así como Macas, Logroño y Zamora, ciudades que habían conocido un período de prosperidad, fueron poco a poco abandonadas (Ibid.).

Frente a la debilitación de la administración europea en la ceja de selva oriental, ya desde el siglo XVI, pero fundamentalmente en el siglo XVII, los misioneros van a tomar el relevo, en respuesta también a los proyectos de evangelización del Nuevo Mundo, lo cual incrementó asimismo considerablemente su influencia política, a la vez que influyó en forma decisiva en la dinámica demográfica de la zona. El valle del Cuyes por ejemplo fue entregado a la jurisdicción de los dominicanos (De los Ángeles, 1991; Tinoco, 1947). Como consecuencia, la ceja de montaña llegó también a ser el escenario de un juego de poder entre la Corona Española y las misiones, el cual culminó con la expulsión de los Jesuitas en la segunda mitad del siglo XVIII. Posteriormente, la administración española no desplegó mayores esfuerzos para reincorporar las provincias orientales dentro de su política administrativa, llegando éstas a quedar completamente abandonadas.

Los caciques de los Cuyes

En el valle del río Cuyes, la primera referencia que se ha encontrado acerca de la presencia de un cacicazgo data de 1574 y se refiere a un Don Taça (Tasa, Tassa o Tesa también), personaje que aparece de forma recurrente en diversos documentos.

El primero de ellos es la ordenanza de creación de la reducción de Paccha, “dispuesta por el licenciado Francisco de Cárdenas y ejecutada por Alonso de Cabrera” (Truhán, 1995: 114). La ejecución de esta ordenanza se dirige a “don Luis Xuca, cacique principal, y a los demás caciques y principales de suso nombrados, e indios a ellos sujetos”. Xuca era probablemente oriundo de la zona de Paccha misma. Entre los caciques declarados como jerárquicamente dependientes de don Xuca en esta acta, aparece precisamente don Diego Tasa, cacique de Cuyes, quien figura en los “señalamientos de los límites de la jurisdicción de Paccha”, en los siguientes términos:

... en los cuales dichos términos de Paccha se le señala al dicho don Diego Tasa cacique de los Cuyes un pedazo de tierra para sus estancias para que en dicho pedazo de tierra siembre trigo y maíz en la parte que se dice Siquiri que cae cerca de la quebrada de Guncay lo cual se da y señala, atento a que el dicho don Diego y sus indios y los que se pueblan en el dicho asentamiento de Paccha son de un repartimiento y sujetos a un cacique, el cual dicho don Diego Tasa tome él las dichas tierras aquello que le bastare para las dichas sus sementeras.

(...) Iten don Diego Tasa, con sus indios caciques y principales, se pueblan con todos los indios de su parcialidad, en un asiento que se dice Chirixicay, que está junto al río Bolo el cual dicho río ha de quedar y queda de esta parte del dicho asiento hacia la ciudad de Cuenca viniendo de los Cuyes a ella, por manera que el dicho río está entre el dicho asiento de Chirixicay y la dicha ciudad de

Cuenca; el cual dicho asiento le fue señalado al dicho don Diego Tasa y sus principales e indios por el ilustre señor Licenciado Francisco de Cárdenas oidor y visitador general, por ser como es, asiento muy cómodo y el mejor que se pudo hallar en toda aquella comarca, en el cual hay y tiene las partes que se requieren para la dicha población. Y está del asiento de los Cuyes seis leguas poco más o menos y es sitio y lugar bastante para sus chacaras y sementeras, al cual dicho don Diego y demás sus indios y principales se les manda se pueblen en el dicho asiento de su contenido por ser tierra bastante para la dicha población y demás de esto hay cercanas al dicho asiento tierras templadas vera de dicho río Bolo y por las causas dichas y respondidas en respuesta de la real provisión presentada por el dicho don Diego ante el dicho señor Alonso de Cárdenas, acerca de la dicha población, la cual está ante el presente escribano atento a las cuales conviene el dicho don Diego se les pueble con todos los demás indios y principales y se pueblen en la parte que está dicho y señalado y que de suso se hace mención. No se les señala término porque hay muchas tierras baldías en donde pueden tomarlo que quisieren y les pareciere para sus ganados y sementeras. A los cuales dichos don Diego Tasa y demás sus indios y principales y a cada uno de ellos se les manda hagan el dicho pueblo y se pueblen en él dentro de ocho meses cumplidos primeros siguientes, so pena de suspensión y privación del dicho cacicazgo en el cual dicho pueblo dejen su plaza y calles y hagan su iglesia y casa de cabildo y cárcel todo bien ordenado a manera de pueblo de españoles conforme a la orden y traza que para ello tiene y se les ha dado (Truhán, 1995: 114; ANH/C: 107.853, ff. 13-19, 1711; ANH/Q, serie tierras, caja 14, ff. 27-32, 1682; ANH/Q, serie cacicazgos, caja 21, libro 5, ff. 27-32, 1782).

El sitio denominado “Siquiri” correspondería al actual Zhiquir, anejo de la parroquia de Llacao, mientras que Chirixicay se encuentra en la actual parroquia de Ludo, provincia del Azuay (Cárdenas, 2004).

Cabe resaltar que este documento ha sido retranscrito varias veces con ocasión de pleitos generados en torno a invasiones de tierras en épocas posteriores, frente a las cuales los demandantes indígenas perjudicados se defendían haciendo referencia a la libertad de ocupar todas las tierras del sector postulada por el acta de creación de Paccha (ANH/C 107.853, ff. 13-19, 1711).

Tasa reaparece en 1576:

En este Cabildo dio petición don Diego Taça cacique de los Cuyes en que por ella pide le den licencia para que con un hero que presentó así mismo que el del margen pueda herrar sus yeguas (...) (Archivo Municipal de Cuenca, folio 67 v., 1982).

Posteriormente, los Cuyes se habrían aliado a los Quijos en el levantamiento de 1578 contra los españoles:

La Audiencia de Quito nombra a D. Francisco Atahualpa, Inca como capitán y justicia mayor de todos los indios de la Sierra instituido con muchos poderes para calmar la situación. Acompañado por su hijo Alonso, éste se fue a la región de los Cañaris. Allí confiscaba armas y caballos y llevaba algunos caciques como prisioneros a Quito restableciendo así la paz. Entre estos caciques se encontraban algunos de Cañaribamba y otros del pueblo de los Cuyes (documento citado por Oberem, 1974: 272).

Poco tiempo después, en 1582, Fray Domingo de los Ángeles hace referencia a los Cuyes de Paccha:

Hay en este pueblo 190 indios tributarios; los 80 son naturales del dicho pueblo, cuyo cacique principal se dice don Hernando de Vega; los demás son traídos de otras partes; los son traídos de la montaña, 11 leguas del dicho pueblo de San Bartolomé. Estaban de la otra banda de la cordillera general del Perú y se llaman Cuyes, a causa de que en su tierra hay muchos cuyes. Los demás son traídos de Bolo, que estaban poblados junto al dicho río de Bolo, 4 leguas del pueblo de San Bartolomé. Su cacique principal de los cuyes y bolos es don Andrés Ataribana, y la cabeza que gobierna así a los indios del pueblo de san Francisco de Pacha, como a los de este de San Bartolomé, se dice con Luis Xuca, y el encomendero don Rodrigo de Bonilla, y los doctrinamos y administramos los Santos Sacramentos los frailes de Santo Domingo, por mandado y provisión de los señores de la Real Audiencia de Quito (De los Ángeles, 1991: 381).

Extraña que De los Ángeles no haga referencia a don Diego Tasa, personaje bastante activo por lo visto. El ayllu Ataribana, mencionado por De los Ángeles, aparece asociado a San Bartolomé de Arocsapa, en donde, en 1694, entró en conflicto con el ayllu Guatartanga por el título de cacicazgo del pueblo (Ver Tinoco, 251-254; ANH/Q, serie cacicazgos, Caja 21, libro 5, ff. 64-65, 1783).

Cabe resaltar que en el documento de fundación de las reducciones de Paccha y San Bartolomé, todos los caciques nombrados son referidos como súbditos de Xuca, excepto Tasa, de quien dependen además otros principales. ¿Por qué entonces De los Ángeles cita a Ataribana, presente en San Bartolomé, como cacique de los Cuyes y Bolos? ¿Acaso era Ataribana cacique de los Bolos, y Tasa, de los Cuyes? En todo caso, lo que sobresale del documento administrativo es el trato al parecer especial otorgado a Tasa, quien beneficia de tierras vastas y templadas...

Otro hecho digno de resaltar es que, según la ordenanza de 1574, Tasa y sus súbditos fueron ubicados cerca de la quebrada de Guncay; para esa época, según el documento, existía además un cacique de Gima, llamado Pedro Tarichuma. Sin embargo, desde 1586, los Tasa figuran como caciques de Xima. ¿Alianzas con los Tarichuma? ¿Desaparición de estos últimos?

En 1586, según un documento retranscrito por Aguilar, Felipe II dicta una ordenanza en respuesta a un reclamo presentado por el cacique Tasa, en la cual el Rey exige que se respeten las tierras del demandante. La petición de Tasa fue formulada en estos términos:

Muy Poderoso Señor, Don Diego Tasa, Cacique Principal y Gobernador del pueblo de Xima, Distrito de la Ciudad de Cuenca.- Digo, que a pedimento del Licenciado García de Morales Tamayo, vuestro Fiscal que fue de esta Real Audiencia, se ganó Provisión para que unas haciendas y tierras que tenemos Yo y mis Indios, que es una estancia llamada Bolo y otra Saricasa, Mauguaña, Mariguña, Garaña, Tusuivilima y Aucasari, donde era la Población Vieja de los Padres y demás Indios a mí sujetos y de los míos y Abuelos, el Corregidor de Cuenca y las demás Justicias averiguasen y supiesen cuyas eran las dichas tierras y a quien pertenecían, y constando ser

mías y de mis dichos Indios del pueblo de los Cuyes, nos Amparasen y defendiesen la posesión de las dichas tierras (...)(citado por Aguilar, 1974: 81)

El documento citado en la obra de Aguilar es una retranscripción de un folio que data de 1631. Cabe resaltar que esta petición de Tasa al rey aparece pocos años después de la represión padecida por los caciques Cuyes luego del levantamiento de los Quijos, según el documento citado por Oberem (1974). Llama la atención el que, después de este “castigo”, el rey haya accedido a la petición de Tasa respecto a las tierras del Cuyes. ¿Estaríamos aquí frente a una prueba de la influencia de Tasa dentro del contexto de las alianzas entre cañaris y españoles a raíz de las guerras de conquista hispana?

En base a investigaciones llevadas a cabo en los archivo de Quito y Cuenca, así como a fuentes auxiliares (Aguilar, 1974: 102, 121; ANH/C, 521-258, 1676; ANH/C L. 531-644, 1699; Archivo del Cabildo Eclesiástico de Cuenca, Carpeta Gob. Administración, f. 42, 1736; Cárdenas, 2004; Segarra, 2003; Tinoco 1947: 251), la genealogía de los Tasa Andicela se pudo reconstruir en la siguiente tabla.

Nombre del cacique	Fecha(s) en que es citado; nacimiento/muerte
Diego Tasa Andicela	1574, 1576, 1586, 1602, 1603
Diego Tasa Andicela	1653, 1676, 1677
Felipe Tasa Andicela	1676
Nicolás Tasa Andicela	1676, 1689-1722
Juana Tasa Andicela	1699
Diego Tasa Andicela	1726
Basilio Tasa	1818

Tabla 1: genealogía de la familia Tasa según la evidencia etnohistórica

El territorio: entradas, recursos, guerras

Hasta aquí, todas las evidencias halladas mencionan a los Cuyes pero como reducidos en poblados aparentemente ubicados fuera de su territorio prehispánico, con excepción del reclamo de don Diego Tasa sobre sus tierras en el valle del río Cuyes en 1586 (citado por Aguilar, 1974: 81), única evidencia de que al menos hasta esa época, los Cuyes tenían un vínculo con sus tierras precolombinas, por las cuales otros individuos

estaban inclusive interesados. Las demás referencias encontradas en torno a los descendientes de don Diego Tasa no hacen referencia a ningún tipo de posesión de tierras en el valle del río Cuyes.

La primera referencia que se tiene acerca de la existencia de una ruta de acceso a la región de los Cuyes propiamente dicha la encontramos en 1550, con ocasión de los intentos de conquista de los Jíbaros por Benavente, quien se prometió

regresar más tarde a esta conquista, pese a los obstáculos naturales y a la hostilidad de los Xíbaros, pero pasando esta vez por el Zangorima o río Cuyes (Benavente, 1994: 60).

La entrada al país jíbaro se hacía por dos vías: por el río Cuyes por un lado (zona de Jima, Paccha, San Bartolomé), y Sangorima o Cuchipamba por el otro (zona de Sígsig).

En 1576 y 1736, aparece luego que la primera vía de acceso al Cuyes pasa más precisamente por Paccha (Archivo Municipal de Cuenca, folios 64 v. y 67 v., 1982; ANH/C, L. 538-769 v., 1736).

Un segundo documento de 1576, hace además referencia al “camino real”, al cual el acceso al Cuyes estaba visiblemente conectado, lo cual podría eventualmente ser una pista relevante en el marco de la presencia inca en el sector. De hecho, respecto a los caminos incas de la zona, Idrovo señala:

Son los menos conocidos por el registro arqueológico, pero la abundante documentación del siglo XVI confirma la presencia de varias arterias, las mismas que, parece, fueron las de menor tránsito, debido sobre todo a la poca influencia que ejercieron los incas sobre la región amazónica, habiéndose concretado la conquista de manera tardía en un sector principalmente intermedio, esto es: la llamada cordillera Oriental y sus estribaciones. Hecho que se verifica en el destino de los caminos y que se apoya también en la casi inexistencia de vestigios monumentales con influencia incaica en el sector (Idrovo, 2000: 101).

Otro documento de 1766 señala:

(...) para dentrar a Logroño desde Xima hasta los fondos de la montaña solos se gastan 6 días, siendo las jornadas pequeñas, las mismas que mencioné arriba y que el poco ánimo de la gente hizo tan ponderable el trabajo, porque muchos desertaron el ejército al principio del páramo de Muerere que está entre Xima y el Cui Viejo (...) (...) (Ibid.: 466).

El interés de la Corona Española hacia la zona de estribación se justificó posteriormente por la presencia de metales preciosos en la región, la cual se halla

ampliamente documentada (Alcedo, 1960: 45; Herrera, 1986: 25-26 -Documento de 1766-; Pacheco, 1986).

Otro tema sobresaliente de los testimonios hallados en los archivos consiste en el de los enfrentamientos bélicos en la región, ya sea contra los Incas, los “Zamoranos” y sobre todo, los Jíbaros. El primero en hacer referencia al tema es fray Domingo de los Ángeles, en 1582, en su descripción de Paccha (1991: 379).

Chacón afirma:

Vásquez de Espinoza nos asegura que en 1621, los jíbaros entraron a la Sierra por los Cuyes y conquistaron este poblado (...): después de este asalto, la frontera oriental de la provincia de Cuenca había caído en poder de los salvajes y ya no había “cosa segura” (Chacón, 1989: 50).

Efectivamente, según Carrillo, para el siglo XVI, los “Jívaros” ya habían invadido el valle abandonado por sus pobladores trasladados a Jima (Carrillo, comunicación personal). Según la evidencia recogida por Ekstrom, no existe evidencia de algún tipo de ocupación del valle entre la huida de los españoles a principios del siglo XVII hasta fines del siglo XIX; se cree que fue usado como territorio de caza por los Shuars.

Revisión etnográfica

Gracias al testimonio de los informantes locales, el arqueólogo tiene acceso a un acervo considerable de datos, que van desde tradiciones hasta conocimiento del entorno o de tecnologías autóctonas. En este sentido, la participación de las comunidades en los proyectos arqueológicos es crucial (Watkins, 2005), y esta etapa del trabajo forma parte también del aspecto antropológico de un reconocimiento arqueológico, al incluir y dar sentido a las cosmovisiones actuales dentro de las problemáticas de estudio específicas abordadas por el proyecto.

En el presente caso, se observa asimismo que la tradición oral otorga un mayor énfasis al componente multiétnico, menos presente en las propuestas descritas anteriormente. El valle del río Cuyes, y especialmente su parte baja, es actualmente habitado por colonos mestizos y poblaciones Shuar, mencionadas en los registros etnohistóricos. Si bien el contacto entre las dos comunidades se mantiene en un *statu-quo*, cierta tensión étnica es también perceptible.

La literatura antropológica concuerda en establecer que la supuesta separación entre Andes y Selva no es ni ha sido tan tajante como se lo podría haber creído en un principio. Esta idea sería en realidad un prejuicio que se creó a partir de la colonia (Ramírez de Jara, 1996; Taylor, 1988). Así, contrariamente a lo comúnmente establecido, Sierra y Amazonía no se han desarrollado de forma aislada (Bray, 1998). Para Renard-Casevitz (1985), los contactos precolombinos entre Andes y Amazonía se dividen de hecho en episodios de intercambio y de guerra, lo cual explicaría una vez más la presencia de fortalezas en el sector del valle del río Cuyes. En épocas precolombinas,

Andes y Selva “eran las mitades fundadoras de una identidad funcional” (Ramírez de Jara, 1996: 7). Más que una zona de transición ecológica, el piedemonte andino es efectivamente para Bray una “zona intermedia entre los dos grandes universos culturales de Suramérica”, lo cual explica el interés de este tipo de región, caracterizada por Bray como doble periferia: periferia del mundo andino, y periferia del mundo amazónico a la vez (Bray 1995: 31). Así, señala la importancia de la ceja de selva, esfera de contacto imprescindible entre Sierra y Amazonía (Ramírez de Jara, 1996).

¿Qué nos dicen las tradiciones orales acerca de esta ocupación bi-partita del espacio en el presente caso de estudio? Revisaremos brevemente los escritos de un autor local (Aguilar Vásquez) y de un antropólogo, Peter Ekstrom.

La obra de Aguilar Vásquez *Jima* (1974) es sin duda alguna la más representativa de las narraciones locales sobre el pasado precolombino del valle del río Cuyes. El autor, jimeño de nacimiento, recopiló así documentos históricos y elementos de la tradición oral local que le permitieron rastrear la historia del sitio en una novela situada entre ficción y realidad, según él mismo lo señala en el prólogo (Aguilar, 1974: 11).

Según este relato, los Cuyes habrían sido cañaris, originarios de Xima para ser más precisos (Aguilar, 1974: 31). A raíz de la invasión inca, los “Zhimeños” huyeron hacia un valle, dirigidos por su jefe, Zhimacela, el “señor del maíz”. La cantidad de cuyes salvajes del sitio les impresionó tanto, que decidieron llamarlo “Cuyes”, y nombraron al roedor como su emblema tutelar. Supieron sacar provecho de la generosidad de la tierra, de las plumas de las aves exóticas, las esencias, las resinas, el oro... (Ibid.).

Poco a poco, volvieron a organizar sus vidas en su nueva tierra de acogida, repartiéndola entre sus diversos ayllus, dieciséis en total: los Tarichumas, los Zhimacelas, los Tacsas, los Andicelas, los Guailacelas, los Ataribana, los Suin, los Morocho, los Litumas, los Mallas, los Suqui, los Llivicuma, los Matailos, los Sinchi, los Puchas y los Naulas.

La selva aisló a los zhimeños de la influencia incásica (Aguilar, 1974: 45). “Un Cañari de Xhima nunca ha tenido más jefes que los suyos”. Pero los españoles no tardaron en llegar, y Núñez de Bonilla bajó al Cuyes desde Zhima. Los Zhimeños lo guiaron en su recorrido por el valle del río Cuyes. Le hablaron de los temidos “Chusalongos” de la selva, los hombres verdes, o Jívaros (idem: 54), que viven más allá del Bomboiza.

Aguilar interpreta la ordenanza de creación de Paccha (citada en nuestra revisión de la documentación etnohistórica), como un documento en que los Zhimeños de Cuyes, dirigidos por su cacique, Ataribana, pasan a depender también de Don Luis Xuca, cacique general, de Núñez de Bonilla, el encomendero, y de los Dominicanos. En ese entonces, Xima quedó a cargo del “Huinaro” (jefe) Ataribana, si bien dependía de Cuyes, en donde seguía viviendo la mayoría de los Zhimeños. No tuvieron que cumplir con la mita, y los Dominicos se hicieron poco presentes en su valle (Ibid.).

A raíz de un litigio con los españoles por invasión de sus tierras, dirigieron un reclamo al mismísimo Felipe II; aquí, Aguilar introduce esta vez el ya citado documento escrito por el cacique Tassa (Aguilar, 1974: 81). Obtienen una respuesta favorable, pero

los problemas no terminan ahí: el adivino de la comunidad predice una incursión asesina de los Jíbaros en el valle, a raíz de lo cual logran anticipar su huida. No obstante, la agilidad de los Jíbaros les obliga a acelerar el paso, y a dejar en Guachapala sus tan preciadas campanas de oro, obsequio de Carlos V. A pesar de sus esfuerzos, son finalmente alcanzados por sus perseguidores, con quienes se enfrentan en una batalla terrible bajo la mirada de un cuadro de la Virgen del Rosario. Auxiliados por las fuerzas de la naturaleza, logran al fin vencer a sus asaltantes, pero el cuadro de la Virgen desaparece misteriosamente. Lo encuentran bajo un capulí, en donde deciden levantar una iglesia en honor a la Virgen (Ibid.), al milagro del cuadro, y sobre todo, en agradecimiento por el feliz desenlace de la aventura.

Cabe resaltar que Aguilar no da mucho protagonismo a Tassa, frecuentemente citado en los registros administrativos de la época; más aparece Tarichuma como el héroe del Cuyes. Tassa no es nada más que otro de los “siervos de los blancos” (Ibid.). Vemos luego aquí que no hay compatibilidad con la información recopilada en los registros etnohistóricos.

En sus trabajos sobre la zona del Cuyes, Ekstrom (1975) menciona también este relato, con algunas variaciones: hace referencia a la existencia de una ciudad muy poblada de la importancia de Cuenca cerca del actual pueblo de Nueva-Tarqui, construida por los Españoles para explotar los placeres auríferos del sector. Se trataba de una colonia favorecida por la Corona Española, de quien recibió múltiples obsequios de valor. Para algunos, la ciudad en cuestión era Logroño de los Caballeros, o un asentamiento equivalente, que fue destruido de la misma manera durante los levantamientos “jíbaros” de 1599. En esta versión recogida por Ekstrom (Ibid.), son no obstante españoles quienes huyen hacia Jima, dejando tras ellos los objetos regalados por la Corona Española. El cuadro de la Virgen les señala el lugar de construcción de Jima, en ese entonces habitada por Cañaris según esta versión.

La evidencia etnográfica recopilada por Ekstrom (1981) en su trabajo de campo arroja algunas luces relevantes de cara a posibles analogías referentes a épocas precolombinas. Para él, las dinámicas de explotación de los recursos actuales en el valle del río Cuyes se aplican perfectamente a un modelo vertical. Los tres días de caminata que separan Jima de Nueva-Tarqui por ejemplo, facilitan este tipo de prácticas. Ekstrom observa así que la economía de la mayoría de familias asentadas en el valle se basa en bienes no destinados a su consumo (oro, naranjilla, aguardiente...). Al tener acceso a los recursos de la Sierra (Jima), diversifican además su producción (vendida en diversos mercados), asegurando a la vez su propia subsistencia. Esta explotación de varios pisos ecológicos se organiza a partir de los núcleos familiares, y es favorecida por redes de compadrazgo y alianzas políticas. Una de las manifestaciones de este fenómeno se evidencia en las mingas, organizadas por los tenientes políticos de cada pueblo (Ibid.) y recuerda los famosos “entables” del “Oriente azuayo”, una práctica antigua (Cordero, 1993).

A modo de balance de esta revisión etnohistórica y etnográfica del valle del río Cuyes, vemos que, debido a sus numerosos y variados recursos, las fuentes antiguas la presentan como una zona políticamente estratégica en el contexto de su ocupación por diversas entidades políticas presentes a lo largo de su historia: guerras con los “Jíbaros”,

presencia eventual de incas y mitimaes, desplazamientos desde y hacia la zona previo su abandono en la colonia... Por su parte, la tradición oral en el valle tiende a abogar por un origen cañari de sus habitantes precolombinos, quienes mantenían relaciones tensas con sus vecinos jíbaros, sus posibles antepasados. Desde este punto de vista, los Incas, por su parte, no habrían ingresado nunca al lugar.

LA PROBLEMÁTICA DE INVESTIGACIÓN

Una vez sentado el panorama geográfico y ecológico de la zona, la investigación está ya en medida de adentrarse en las problemáticas propiamente arqueológicas del área de estudio, que constituirán el enfoque del trabajo. La investigación preliminar presentada anteriormente evidenció ya algunas de las temáticas posibles relativas al pasado precolombino del sector, entre otras, la relación cultural entre pisos ecológicos, y en estrecha relación con ella, el origen étnico de los habitantes del valle (incas, cañaris, “mestizos”?) o el tipo de organización social que ahí prevaleció.

Como se vio en introducción, al haber sido la zona poco estudiada arqueológicamente, el objetivo prioritario de este proyecto apunta a enfocarse más precisamente en una primera aproximación de la temática étnica y cronológica. Con este propósito en mente, se llevó a cabo una recopilación analítica y comparativa de las diversas fuentes bibliográficas que se refieren al tema, y que nos permitirá tener en claro y pulir las diversas problemáticas en juego el momento de ir al campo, así como preparar la metodología de trabajo que será desplegada de cara a la comprobación de las hipótesis de trabajo. Se verá a continuación que existen dos propuestas generales al respecto: Taylor y Salazar abogan así por un origen cañari de las poblaciones prehispánicas de la zona, dentro del enfoque de la verticalidad. Ekstrom sostiene a su vez la filiación inca de los sitios del valle, en el contexto de las lógicas imperiales de control de recursos exóticos (asociadas ellas también a la verticalidad, lo cual aproxima esta propuesta a la de Taylor y Salazar). Por otra parte, autores como Carrillo defienden más bien la hipótesis de un señorío poderoso asociado a la familia lingüística cañari, y que ocupó la región desde la sierra hasta las tierras bajas del Oriente.

El valle del río Cuyes, isla vertical cañari ocupada por el imperio inca

Los Cañaris en el valle del río Cuyes

En su *Estudio Histórico de los Cañaris*, González Suárez señalaba ya que los términos orientales de las tierras cañaris se extendían hasta Gualaquiza, al igual que la jurisdicción azuaya que le era contemporánea. Unas páginas más adelante, acota no obstante que la cordillera de los Andes separaba a los cañaris de los “jíbaros” (González Suárez, 1922).

Salazar (2004) afirma que los placeres auríferos del Cuyes son conocidos desde la época precolombina, al igual que la vía Jima-Gualaquiza, paso de montaña natural entre la Sierra y la Amazonía. Existe evidencia de que el Cuyes fue poblado en la colonia por gente de Jima y de Sígsig, debido precisamente a la presencia de estos placeres auríferos (Ibid.). El sector contaba con la presencia de indios tributarios y forasteros.

Si un grupo de Cañaris residía de manera permanente en San Bartolomé, y pagaba además tributos, es probable que no se trate de *jibaros*, sino de cañaris que a lo mejor desde tiempos precolombinos ocupaban las estribaciones orientales de los Andes. De hecho, el viejo camino de Sígsig a Jima y Cuyes, que aún existe, pudo haber sido construido parcialmente sobre alguna ruta precolombina (Salazar, 2000: 67).

Durán (1938) también afirma que las poblaciones precolombinas del valle del río Cuyes eran sin duda alguna Cañaris, pues al ser integradas a grupos serranos luego de la creación de las reducciones, no se registró evidencia alguna de conflictos entre las diversas agrupaciones que las conformaban. Las fuentes etnohistóricas consultadas parecen apuntalar esta acotación de Durán.

Si bien alude a la presencia de material incaico en el sector, Salazar (2000) atribuye la colonización precolombina de los valles del Cuyes y del Cuchipamba a la explotación cañari de los placeres auríferos, planteando la hipótesis de un origen cañari del registro monumental evidenciado en la zona, de acuerdo al sistema de control vertical propuesto por Taylor.

En ciertas zonas del territorio cañari, particularmente en la región del alto río Cuyes y del alto Zangorima (antaoño, zona aurífera), hay rastros de un modelo de relaciones verticales algo semejantes al sistema de archipiélago inca por ejemplo; la aldea de Arocxapa explotaba los recursos de varios pisos ecológicos en el marco de un cacicazgo único (el de Pagcha-Arocxapa) cubriendo varias unidades secundarias (Taylor, 1988: 55).

Taylor basa su propuesta en la narración de Domingo de los Ángeles, quien, como vimos, menciona la presencia de poblaciones distribuidas entre la Sierra y la Amazonía (Ibid.).

Lamentablemente, se ignora todo de la organización de las actividades económicas de estas comunidades del piedemonte, que, por otra parte no parecen haber sido multiétnicas; se dedicaban probablemente a la búsqueda de oro fluvial (se sabe que los Incas habían asignado esta tarea a las gentes de Xima, una aldea también asociada a establecimientos situados en el valle del Cuyes), y sin duda producían también algodón. Estos Cañaris del piedemonte mantenían estrechas relaciones de intercambio con sus vecinos “Xíbaros”; los documentos que datan del comienzo de la colonia evocan una intensa actividad de **rescate** en este sector, y más tarde los españoles tendrán muchas dificultades en poner fin a las relaciones de intercambio entre los indios de esta región (como los de Taday, Pindilig, más al norte) y los Xíbaros rebeldes, los cuales se procuraban por este sesgo útiles de metal, intercambiados con pepitas y polvo de oro (Taylor 1988: 56).

Nuestra hipótesis, en resumen, es que las regiones de Quizna, Zuña y del Alto Upano estaban en gran parte pobladas *por grupos cañar* o sometidas desde mucho tiempo a la influencia cañar en igual forma que las “colonias” ya evocadas del Cuyes y del Zangorima (Taylor y Descola, 1981: 45).

Según las evidencias recuperadas por Taylor y Descola (Ibid.), las hachas de cobre cañaris son recurrentes entre los grupos jívaros de la ceja de selva, lo cual evidencia al menos un estrecho contacto entre los dos grupos, a través de la zona de estribación. De hecho, Oberem (1974) señala que los contactos interétnicos entre Sierra y Amazonía eran frecuentes, dando como ejemplo el caso de los Shuar en los sectores de Méndez, Macas y Gualaquiza, quienes habrían comerciado con los Cañaris y los Paltas (siglos XVIII y XIX) (idem).

En la Sierra Norte del Ecuador, los contactos precolombinos con el Oriente han sido poco estudiados. Salomon subraya no obstante que se trata de un fenómeno muy antiguo, facilitado por pasos de montaña naturales que conforman rutas de acceso importantes, tales como la de Papallacta por ejemplo. Según la evidencia etnohistórica citada por Salomon, los productos intercambiados incluían sal, ají, oro, achiote y canela entre otros. Se tiene también evidencia de comerciantes serranos que bajaban al Oriente, y vice-versa. Cabe resaltar que este tipo de intercambio no se limitaba a la circulación de bienes materiales, sino que implicó además interacciones en ámbitos como el curanderismo (Salomon, 1978), y la aparición de poblados multiétnicos. Estas relaciones interétnicas habrían existido desde épocas muy antiguas (Malengreau, 1996).

Recordemos ahora brevemente en qué consiste el modelo de verticalidad mencionado por Taylor.

La verticalidad y los modelos del sistema mundo

John Murra fue uno de los primeros investigadores en profundizar la noción de control de pisos ecológicos o verticalidad, en el caso de las sociedades de los Andes Centrales. Representó la dinámica política, económica y demográfica de los núcleos poblacionales estudiados bajo la imagen de archipiélagos de islas, en los que existía un centro que se abastecía en recursos en los demás “islotés”, repartidos en pisos ecológicos distintos, lo cual aseguraba una variabilidad en el aprovisionamiento de bienes (Murra, 1975: 62). No se excluye la posibilidad de que estas islas de poblamiento hayan sido multiétnicas (Ibid.), lo cual sugeriría por lo tanto diversas formas de recaudación de recursos por parte de los núcleos centrales (por tributo, estrategias de colonización del lugar, intercambio, etc.), así como posibles tensiones entre “colonizadores” y poblaciones autóctonas. Según Murra (Ibid.), esta característica de la verticalidad sobresale en los medios de ceja de selva (precisamente el que nos interesa en este caso particular). ¿Estaría luego este último aspecto involucrado con las múltiples fortalezas registradas en el valle del río Cuyes?

En el actual territorio del Ecuador, Frank Salomon (1980) es quien más ha investigado acerca de las manifestaciones de la verticalidad. Sus estudios en el valle de Quito y la región de Chimbo sacan a relucir que habría existido tres tipos de dinámicas económicas en las áreas investigadas: intercambio llevado a cabo por especialistas o mindalaes (en mercados posiblemente), sistema de mitmakunas (equivalente al modelo de archipiélago propuesto por Murra), e intercambio informal entre núcleos domésticos (ver también Quattrin 2001 y Salomon 1978, 1985). Cabe resaltar que, en base a evidencias etnohistóricas, Salomon (Ibid.) hace referencia al intenso nivel de contacto comercial existente entre la Sierra y la región amazónica, más particularmente entre el valle de los Quijos y el de Quito.

En este sentido, la modalidad “mindala” de Salomon se asemeja a la definición del puerto de comercio tal como lo concibe Hirth:

(Los puertos de comercio) se desarrollan como respuesta ya sea al incremento de la actividad comercial, o bien al patrón de asentamiento disperso de poblaciones establecidas en áreas fronterizas. Se ubican generalmente a lo largo de corredores de comunicación naturales y en zonas de paso críticas entre áreas caracterizadas por una gran productividad, mineral, agrícola o artesanal; de alta demanda o abastecimiento de recursos escasos, así como en el interfaz entre tecnologías o niveles de complejidad sociopolítica diferentes. (...) (Hirth, 1978: 4, traducción de la autora).

Hoy en día, este tipo de intercambio es aún perceptible en la parte alta del valle (Yáñez, 2007: 3).

Los modelos verticales están en relación con las teorías del tipo sistema mundo, las cuales manejan conceptos de centros, periferias y semi-periferias, de acuerdo al grado de inclusión de las diferentes unidades dentro del sistema en cuestión. En términos generales, los centros son zonas extractoras de recursos, mientras que las periferias son las fuentes de esta extracción (Masson, 2005).

En este sentido, las áreas más propensas a ser incorporadas como periferias en unidades políticas complejas son aquellas que poseen recursos exóticos o altamente valorados, o aquellas que se encuentran en vías de acceso estratégicas (Schortman y otros, 1987). El valle del río Cuyes, por la presencia de placeres auríferos y su ubicación entre la Sierra y el Oriente, cumple precisamente con estos dos requisitos. No obstante, las poblaciones locales incluidas en este tipo de sistema desarrollan a menudo sistemas jerarquizados que les permiten responder de forma eficiente a las exigencias del cacicazgo mayor del que dependen, y en último término, configurarse a su vez como centros de poder (Ibid.), lo cual se aproximaría más al modelo del señorío poderoso propuesto por Carrillo, que se analizará más adelante.

A nivel comparativo, un caso similar a los modelos anteriormente entrevistados se presenta en la región muisca (Colombia), estudiada por Langebaek (2006) desde el punto de vista de la teoría del sistema mundo.

Los Incas y el Cuyes: evidencias y enfoques comparativos

Ahora bien: vimos que Ekstrom aboga sobre todo por el origen incaico de la monumentalidad del Cuyes. ¿Cómo se explica esta afirmación y cuál es la evidencia comparativa que permite seguir esta dirección?

Desde un principio, Ekstrom (1975) habla del origen serrano de las poblaciones precolombinas del valle, aludiendo al tipo de fragmentos cerámicos encontrados, la orientación hacia la parte baja del valle de lo que él considera como estructuras de tipo defensivo, posibles intereses en la explotación de metales, la presencia de un aríbalo y la abundancia de piedras de moler, consideradas como un rasgo típicamente serrano asociado a la molienda del maíz. Ekstrom atribuye luego un origen incaico a las estructuras del valle del río Cuyes –fortalezas según él-, que formaban parte de la red defensiva instaurada por el incario en sus fronteras orientales (Taylor, 1988). La evidencia documental menciona el implemento de esta red en los alrededores de Tomebamba (Hirschkind, 1995). ¿Qué tan preciso es el término “alrededores”? ¿Abarcaría el sector del valle del río Cuyes por ejemplo?

La hipótesis de Ekstrom se basa esencialmente en los controvertidos episodios de la conquista inca del actual territorio del Ecuador. Según Oberem (1974-76), no se sabe con certeza si hubo una sublevación de los Cañaris luego de que su territorio haya sido anexado por los Incas. Lo que sí se conoce con seguridad es que poblaciones cañaris fueron llevadas a distintas regiones del Tahuantinsuyu (especialmente al Cuzco), y que mitmakunas de otras localidades llegaron a tierras cañaris (Ibid.) (¿debemos luego en parte a este fenómeno la toponimia foránea señalada por Pérez en Azuay?) Si bien se ha establecido que los Incas reubicaban generalmente a los mitmakunas en medios similares a los de su asentamiento de origen (Ogburn 2001), existen poca evidencia arqueológica del “fenómeno mitmakuna” (Idem).

Luego de la victoria de Atahualpa, otras versiones aseguran que grupos cañaris se escondieron en “regiones remotas” del cacicazgo (¿el Cuyes por ejemplo?) (Ibid.). Otras fuentes indican que ciertos Cañaris recibieron un trato preferencial bajo el régimen inca (Murra, 1986). Cutright señala que la flexibilidad de las estrategias de control desplegadas por los estados sobre poblaciones locales depende en gran medida de los intereses de dicho estado en las zonas en cuestión (presencia de recursos estratégicos por ejemplo), o del nivel de complejidad social de las agrupaciones locales (D’Altroy, 2008; Cutright, en prensa).

Según los cronistas, un grupo de cañaris viajó además hasta Túmbez y luego, Piura, para pedir ayuda a los Españoles contra los Incas; se incorporaron luego al ejército de los conquistadores en sus campañas en las provincias del norte (Oberem 1974-76), lo cual les valió algunos privilegios frente a la administración española, que no tardaron en perder, razón por la cual se aliaron a los Quijos en el levantamiento de 1578 (Ibid.).

En los Andes, la economía del Imperio Inca se volcó principalmente hacia el incremento de la producción agrícola, así como la producción de objetos de cerámica, metal y textil (Ogburn 2001: 211). Si bien la presencia inca ha sido documentada etnohistóricamente en la mayoría del territorio ocupado por el Imperio, se conoce poco

acerca de las ocupaciones incas en las fronteras del Tawantinsuyu (Ogburn 2001), incluyendo la Amazonía ecuatoriana. No obstante, en su investigación entre los Quijos, Oberem (n/d) señala (de acuerdo al testimonio de Ortiguera), que los Incas estaban interesados en las minas de oro de la región, oro que obtenían de las poblaciones locales a cambio de sal y hachas. Oberem acota que se conoce además de actividades de intercambio entre Incas y “Jíbaros” (Ibid.). Como vimos, había oro también en el Cuyes, lo cual muy probablemente no pasó desapercibido para los Incas a lo largo de sus tormentosos contactos con los Cañaris. De hecho, el oro es común en medios de estribación andina, tanto en el Ecuador como en el vecino país del sur. Se encontraron además piezas atribuidas a los Incas en la región de Jima (Meyers, 1998) y Cuchipamba (Ibid.), a más del aríbalo burdo hallado en Ganazhuma mismo por Ekstrom (1987), y el material mencionado por Carrillo (2003), en particular un hacha de bronce, en el sitio El Cadi (Ledergerber, 2007). Fuera de la evidencia citada por Carrillo, de la cual no se pudo obtener detalles, es necesario recalcar que los demás objetos mencionados son relativamente limitados, lo cual no abogarían por una fuerte presencia inca en la zona (dichas piezas podrían inclusive haber sido el fruto de intercambios).

Respecto a las estrategias desplegadas por el imperio inca en sus fronteras, D’Altroy observa que:

Las plazas fortificadas no son abundantes en la mayor parte del Tawantinsuyu. Las fortalezas eran construidas cerca de las fronteras hostiles, pero el territorio inca no contaba con una frontera fija tal como se la conoce entre las naciones actuales. En vez de esto, los Incas mantenían relaciones flexibles con las sociedades que rebasaban su control, al permeabilizar las fronteras o reforzarlas si el caso lo ameritaba. Los límites de los territorios totalmente regidos por el control inca se definían a menudo por puntos de atrincheramiento, hacia las cuales las tropas se retiraban luego de expediciones de exploración. De hecho, Morris (1988) ha señalado ya que la mayoría del Imperio se ubicaba en o cerca de una frontera (en algún punto) y que la integración de territorios nuevos era un proceso irregular, por lo cual algunas de las fortalezas fronterizas se ubicaban a 1000 km (o más) de los límites del imperio. El uso restringido de fortalezas cobró sentido en términos del carácter considerablemente ofensivo de la guerra Inca. (...)

Las fortalezas eran usadas como bases delanteras de operaciones de campañas, campamentos en territorio hostil, puntos limítrofes utilizados como bases de los avances bélicos, fortalezas defensivas, puntos de control, y cuarteles ocasionales (D’Altroy 2008: 209, traducción de la autora).

Según lo reporta D’Altroy, los Incas encontraron una fuerte resistencia hacia el este de la cordillera de los Andes en lo que corresponde al actual territorio del Ecuador (D’Altroy, 2008). No obstante, menciona también la evidencia de diversas entradas incas a la región amazónica más al sur, especialmente en territorios Chachapoyas y Huánuco (en este último caso inclusive se conoce de la existencia de pequeños fuertes construidos por los Incas). Hasta ahora no se logró definir con certeza el alcance del control inca en la región oriental del Cuzco, aunque se ha destacado la existencia de tramos del camino inca en el sector, en que la evidencia etnohistórica habla de expediciones llevadas a cabo por los Incas, y más particularmente de actividades de intercambio entre poblaciones amazónicas y serranas. En resumidas cuentas, D’Altroy (2008) rescata que luego de sus

fallidos intentos de conquista en la Amazonía, los Incas se "resignaron" a mantener contactos pacíficos con las poblaciones orientales del Imperio.

Las investigaciones de Pärssinen y Siiriäinen y las de Berthelot, llevadas a cabo en zonas de estribación de la cordillera peruana, representan un aporte considerable a la temática de las estrategias de ocupación incas de este tipo de medio. Pärssinen y Siiriäinen señalan así que los Incas dependían tradicionalmente de los recursos provenientes de las regiones de montaña y de selva, razón por la cual penetraron en los bosques, buscando asentar sus intereses imponiendo su poder sobre las tribus bajas que ahí habitaban. No existe consenso entre los estudiosos del tema sobre la amplitud de esta expansión. Para Rowe, no fue mayormente significativa, mientras que para Pärssinen y Siiriäinen, fue un fenómeno de importancia que se extendió desde las estribaciones andinas ecuatorianas hasta la Argentina (Pärssinen y Siiriäinen, 2003). En todo caso, en lo que se refiere al oro, Berthelot observa que las cantidades de metal recaudada por los Españoles dan cuenta de un sistema de extracción impresionante (Berthelot, 1986).

En el Perú, las evidencias existentes al respecto son especialmente marcadas en las regiones del valle del Urubamba, de los ríos Madre de Dios y Beni, y del Chaco (D'Altroy, 2008; Pärssinen y Siiriäinen, 2003).

No se descarta que los Incas hayan llegado hasta el actual territorio del Ecuador por el Marañón, pero de ser el caso, ésta no sería una región que habrían logrado conquistar "permanentemente" (Ibid.). Los autores citados aquí señalan que en el Ecuador, los Incas no se habrían aventurado mucho en las regiones de ceja de selva. En todo caso, los habitantes del sector del río Cuyes atribuyen las ruinas de los "antiguos" a los Incas. ¿Tradicción derivada de hechos auténticos? ¿Leyenda sin fundamentos reales?

Después de todo, como Lathrap ha demostrado, los comerciantes amazónicos cubrieron largas distancias con sus expediciones comerciales, y no es de descartar que los incas hayan seguido a estas expediciones con el fin de asegurar sus propios intereses en el área. Algunos jefes incas individuales pueden haber permanecido en ciertos puntos claves, y es también concebible que los jefes locales fueran persuadidos de actuar como intermediarios entre los incas y la población local. Al cumplir tal función, dichos jefes habrían empezado a ser considerados como "Incas" por sus propios súbditos y serían descritos como tales en las tradiciones subsiguientes. De igual manera, conviene recordar que el control político indirecto fue también muy típico en la costa del Tawantinsuyu, donde los incas dejaron sólo unos pocos vestigios arqueológicos de su presencia (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 75).

Existen evidencias de la alianza entre los Incas y la tribu más poderosa del sector de Ucayali, la cual aseguraba un vínculo indirecto entre los Incas y las demás tribus locales, a cambio de la protección Inca (Ibid.). Es reconocido que los Incas mantuvieron las unidades políticas locales, selladas por matrimonios y alianzas (Murra, 1986).

Según Pärssinen y Siiriäinen, la garantía de protección ofrecida por los Incas a las tribus de ceja de selva frente a las amenazas de invasiones de tribus amazónicas, facilitó su apoderamiento del sector. Esta protección se materializó efectivamente en la

construcción de fortalezas levantadas y mantenidas a través de la mano de obra local, la cual se integró además al sistema de mitimaes y a la economía imperial (Pärssinen y Siiriäinen, 2003). En último término, un fenómeno parecido podría explicar la presencia de fortalezas en el valle del río Cuyes.

La presencia inca en esta frontera difusa se habría luego plasmado en una red militar caracterizada por la presencia de fortalezas, algunas de ellas anteriores a la presencia de los Incas y readecuadas por ellos, o construidas por mano de obra local o mitimaes (Ibid.).

Para Pärssinen y Siiriäinen, la zona de ceja de selva aseguró así a los Incas una base segura para eventuales expediciones pacíficas o bélicas hacia la selva baja.

A la luz de esta dualidad de funciones, la zona fronteriza se convirtió en una especie de zona difusa, donde no había límites definidos. Tal como Pärssinen ha anotado, aquí no hubo una demarcación lo suficientemente exacta como para poder trazarla en un mapa. Esto explicaría algunas de las particularidades que caracterizan a la zona y a la distribución espacial de los sitios incaicos en la periferia oriental del Estado (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 83).

Pärssinen y Siiriäinen (Ibid.) subrayan que estas fortalezas han sido poco exploradas en Perú, pero mencionan su existencia en el Ecuador (afirman que son de forma circular sin precisar una ubicación exacta). Proponen que estas construcciones habrían sido utilizadas como medida de protección de los dominios incas frente a posibles amenazas venidas de las tierras bajas.

En términos generales, Pärssinen y Siiriäinen indican que las zonas de ceja de selva se caracterizaron por la presencia de sociedades organizadas, prácticas de cultivo intensivo y una fuerte influencia de las serranías. En el Perú, el registro material da cuenta de cerámicas amazónicas poco conocidas, así como de material serrano, y de hachas incas o locales (Ibid.). En el valle del río Cuyes, se habla también de materiales cañaris e incas. Taylor es la única en mencionar la presencia de los Shuar en la zona, pero de momento, el registro material no ha permitido corroborar esta hipótesis, contrariamente a lo que se ha podido observar en el valle del Cuchipamba (Ledergerber 1995, 2006).

Berthelot por su parte trabajó en la zona de Carabaya, en la ceja de selva oriental de Perú, al noreste del lago Titicaca. De acuerdo a las fuentes etnohistóricas consultadas, señala que en tiempos precolombinos, los pobladores del sector obedecían a dos autoridades: el Inca y los curacas (Berthelot, 1986). Éstos tenían derecho a una parte del oro extraído, el cual era entregado al Inca bajo la forma de tributos u ofrendas, y también usado en los flujos locales de circulación de bienes suntuosos. Berthelot (Ibid.) encontró efectivamente dos tipos de minas en la región de Carabaya: las del Inca, y las de los señores regionales.

Las minas del Inca funcionaban en centros bien establecidos y eran trabajadas por sujetos locales -sus tributarios- así como por poblaciones forasteras. Por su parte, las

minas de los caciques eran mucho más dispersas, y su explotación se asociaba claramente a las dinámicas de reciprocidad local. No obstante, en ambos casos, el trabajo era organizado desde lo regional, a partir de las exigencias establecidas por el Inca mediante sus agentes imperiales (Ibid.). Gnecco (2005) hace referencia a estos dos tipos de relaciones de poder, al establecer una distinción entre los “valores primitivos”, asociados a mecanismos de reciprocidad, y los “bienes de elite”, vinculados con relaciones de explotación.

Los estudios de Berthelot revelan además otra variable de interés, esta vez acerca de las técnicas de extracción del metal: al parecer, antes de la conquista inca, las poblaciones locales obtenían su oro a través de lavaderos principalmente, así como de canales y acequias que les permitían controlar con mayor facilidad el flujo del agua cargada de pepitas. Esta actividad era llevada a cabo en la estación seca, época de menor intensidad en las faenas agrícolas (Berthelot, 1986), al igual que en la actualidad (Salazar-Soler, 2002). Con la llegada de los Incas, se comienzan a explotar las minas de oro, gracias a técnicas aparentemente desconocidas para los pobladores locales antes de la dominación incaica (Berthelot, 1986).

En resumidas cuentas, vemos aquí que el valle del río Cuyes parece reunir los requisitos de una zona asociada a un sistema vertical serrano, incorporado luego a estrategias incas de explotación del medio, debido especialmente a la presencia de placeres auríferos.

El valle del río Cuyes, un poderoso señorío cañari.

La propuesta de Carrillo sobre la existencia de un señorío poderoso en el valle del río Cuyes no se opone diametralmente a la hipótesis de la verticalidad anteriormente expuesta. Efectivamente, si bien la interpretación de Carrillo sugiere la explotación de varios pisos ecológicos en el valle del río Cuyes, insiste sobre todo en la autonomía del señorío local. Valga resaltar además que el modelo de la verticalidad es anterior al del “señorío poderoso” (por asignarle un nombre), más vinculado a investigaciones actuales, que subrayaron la necesidad de redefinir y precisar los criterios del modelo vertical, en base a los datos aportados por estudios recientes, necesidad enunciada por el mismo Murra (Chacaltana, en prensa). Tampoco se puede excluir la posibilidad de que ambos modelos se hayan dado en épocas distintas (dependencia serrana primero y luego, autonomía regional posterior por ejemplo).

Carrillo y el señorío poderoso

Carrillo realizó sus investigaciones en un amplio territorio que incluye los valles de los ríos Paute, Negro, Indanza, Cuchipamba, Cuyes y Zamora (Carrillo, 2003). En el

Cuyes más particularmente, trabajó en el sector comprendido entre el páramo de Moriré y la confluencia entre los ríos Cuyes y Altar. El análisis cerámico realizado por Carrillo revela la presencia de tiestos Tacalshapa e Inca, por lo cual el investigador infiere el origen cañari de los Cuyes, quienes habrían padecido luego una fuerte influencia inca (Ibid.). En cuanto a la funcionalidad de los sitios, Carrillo concluye:

Hay sitios que según su tamaño y morfología podrían ser considerados como centros administrativos con arquitectura ceremonial o política. Hay otros que pudieron ser grandes aldeas nucleadas, y finalmente unos pequeños que pueden ser considerados como caseríos dependiendo de un centro nuclear (Carrillo, 2003: 61).

Efectivamente:

(...) el pueblo de los Cuyes llegó a conformar un extenso señorío prehispánico, dirigido por un “Muy Poderoso Señor”, que ocupaba al mismo tiempo las dos estribaciones de la cordillera real de los Andes, esto es el valle del río Bolo en la estribación occidental y el valle del río Cuyes en la vertiente oriental (Carrillo, n/d: 79).

Carrillo basa su propuesta en la anteriormente citada denuncia de Tassa a las autoridades españolas por la invasión de sus tierras en el valle del río Cuyes, y especialmente en el fragmento siguiente, en que se hace referencia a las

tierras que tenemos Yo y mis Indios, que es una estancia llamada Bolo y otra Saricasa, Manguaña, Mariguña, Garaña, Tusucvilima y Aucasari (Cuyes), donde era la Población Vieja de los Padres y demás indios a mí sugetos y de los míos y Abuelos (Aguilar, 1974: 81).

En resumidas cuentas, para Carrillo, el valle del río Cuyes no es ninguna periferia de algún centro serrano, sino una unidad política autónoma y plenamente configurada. Carrillo insiste además en que estaríamos aquí frente a un señorío asentado en la Sierra y el piedemonte (al igual que los señoríos involucrados en los sistemas verticales), pero cuyo núcleo administrativo se hallaba en las tierras bajas.

Los Cañaris, un grupo étnico dividido en varios cacicazgos

La propuesta de Carrillo se enmarca dentro de investigaciones arqueológicas y etnohistóricas recientes, las cuales han establecido que la tradicionalmente conocida “nación cañari” agrupó en realidad a distintos señoríos locales que compartían algunas

tradiciones culturales entre ellos y un acervo lingüístico común (Bray 2008; Cárdenas, 2004; Hirschkind, 1995; Ponce Leiva, 1975). En el documento citado por Oberem sobre la sanción aplicada a los caciques Cuyes a raíz de su implicación en el levantamiento de los Quijos, encontramos expresiones tales como “entre estos caciques, se encontraban algunos de Cañaribamba y otros del pueblo de los Cuyes”, caciques oriundos “de la región de los Cañaris” (Oberem, 1974: 272). ¿Se debe entender aquí una diferencia étnica o sencillamente una precisión sobre el lugar de origen de un grupo cañari?

Lo cierto es que estas unidades locales solían ocupar valles delimitados naturalmente por las barreras orográficas (al igual que el valle del río Cuyes) (Bray, 2008; Chacón 1990), lo cual explica la diversidad de desarrollo social alcanzado por algunas de ellas (desde simples ayllus hasta cacicazgos complejos). En este sentido, existían cacicazgos que podían ocupar varias unidades geográficas (Chacón, 1990). Estos curacazgos confinados en territorios relativamente limitados estaban en contacto permanente mediante alianzas de parentesco y relaciones comerciales. No obstante, se puede observar que el aislamiento relativo de las unidades políticas permitió tipos de especialización local (Idrovo, 2000).

Idrovo (Ibid.) señala que estos diversos grupos de la familia cañari estaban en conflicto permanente por el control del territorio, fenómeno que se habría iniciado en la fase Tacalshapa III, en que ciertos centros políticos habrían adquirido un mayor poder. Siguiendo el planteamiento de Idrovo, hace 1 000 años aproximadamente, se dio una migración de poblaciones amazónicas hacia la sierra, probablemente debido a presiones demográficas en las tierras bajas, migración que vino a sumarse a los conflictos interétnicos ya existentes en las estribaciones. Se trata de una época en que Tacalshapa desaparece, mientras que se observa un fenómeno de incremento de la infraestructura agrícola, lo cual aboga por una intensificación de los procesos de cambio social. Los conflictos se produjeron esencialmente a raíz del interés por controlar las principales rutas comerciales y acceder a recursos básicos, tales como la sal (Ibid.).

Este fenómeno de migración de tribus amazónicas hacia la Sierra se habría producido también en los Andes Centrales: Lathrap (1970) sugiere efectivamente que el surgimiento del imperio inca se dio en un contexto en que las estribaciones orientales de lo que es el actual territorio del Perú comenzaron a ser densamente pobladas por agrupaciones que implementaron terrazas de cultivo y sistemas defensivos, debido a una fuerte competencia por las tierras más fértiles y un estado de guerra permanente entre dichas agrupaciones.

Según Bray, el patrón de asentamiento cañari se organizaba en torno a centros regionales que concentraban la actividad sociopolítica de cada cacicazgo. Anota que las prospecciones llevadas a cabo en el antiguo territorio de ocupación cañari abogan por una ubicación de estos centros en aterramientos ubicados en lomas (también conocidos como "churos"). Si bien menciona la existencia de pucarás en el país cañari, la investigadora recalca que éstas son en ocasiones confundidos con "churos" o los "pucarás" asociados al ritual homónimo (Bray 2008).

Idrovo (2000) observa que debido a los intereses que el estado inca tenía hacia los metales preciosos, es de esperarse que ocuparan de forma notoria las zonas de estribación

del actual territorio del Ecuador. No obstante, recalca que la evidencia arqueológica no parece sostener tal hipótesis; para Idrovo, queda claro que los sitios de estribación andinas del austro ecuatoriano son cañaris, y que, en último término, lo que se considera como pucaraes pueden haber sido usados por los Cañaris en sus múltiples enfrentamientos con los Incas. Si dominio inca hubo en el sector, éste se habría dado de forma bastante tardía y esporádica. Señala por ejemplo que los vestigios actuales del camino inca no ponen de relieve eventuales conexiones hacia la Amazonía, escenario que podría haberse esperado encontrar de haber sido éstas las rutas de acceso a zonas estratégicas a nivel de extracción de recursos exóticos.

De hecho, para Hirschkind (1995), la dispersión de los asentamientos cañaris dificultó la anexión inca, la cual debió enfrentarse a un fenómeno de tipo “guerrilla”. Siendo así, Hirschkind observa que los Incas lograron finalmente implementar un control eficiente sobre los centros más densamente poblados de la familia cañari (a través del sistema de mitimaes por ejemplo), contrariamente al caso de aquellos asentamientos dispersos y alejados de los centros más complejos. El valle del río Cuyes podría figurar en este último caso aunque, como vimos y discutiremos más adelante, su grado de monumentalidad sugiere la existencia de un cacicazgo complejo en el sector.

El valle del río Cuyes y los cacicazgos

Por lo visto, el término cacicazgo (o señorío), aparece aquí de forma recurrente, por lo cual cabe detenerse un instante sobre su significado e implicaciones. Se trata de un término bastante controvertido; Renfrew y Bahn (1996) recogen una de las definiciones más clásicas y generales del concepto, al establecer que los cacicazgos operan según el principio de diferenciaciones de rango entre individuos a nivel del estatus social. Diversos linajes (un linaje es un grupo que afirma descender de un ancestro común) se distribuyen a lo largo de una escala de prestigio, y el linaje mayor, y por ende, la sociedad en su conjunto, es gobernada por un jefe. El prestigio y el rango son definidos por el grado de cercanía de cada individuo hacia el jefe, mientras que no existe una verdadera estratificación en clases. El papel del jefe es crucial.

Spencer y Redmond, quienes trabajaron en las estribaciones de los llanos altos de Venezuela (característica que cobra luego todo su interés dentro del caso que nos ocupa aquí), definen el cacicazgo en base a:

la aparición de una jerarquía de asentamientos, la presencia de arquitectura e ingeniería monumental, un incremento considerable de la población regional, diferenciación social en las residencias y enterramientos y la presencia de relaciones sociales complejas con otras unidades políticas, incluyendo el intercambio y la guerra; estas últimas actividades fueron financiadas, parcialmente, a través de la producción de excedentes agrícolas (Gassón, 2006: 41).

De acuerdo con lo que propone Carrillo por ejemplo, el registro monumental del valle del río Cuyes cumpliría con estos requisitos. En términos generales, los cacicazgos se caracterizan a menudo por el manejo de excedentes así como tipos de especialización local en la producción de recursos diversos, utilizados también como pago a las autoridades bajo la forma de tributos eventualmente redistribuidos. Cuentan con un centro de poder, el cual incluye templos, residencias asociadas a la elite, y especialistas (Renfrew y Bahn, 1996). Los templos son centros ceremoniales y rituales permanentes que representan de cierta manera el punto de referencia de toda la unidad cacical, sin llegar tampoco a configurarse como centros urbanos o administrativos. Los cacicazgos pueden ser de diversas dimensiones, pero en términos generales, se considera que su alcance demográfico abarca un rango comprendido entre los 5 000 y 20 000 individuos.

Así, los edificios de carácter religioso y las fortalezas son indicadores de sociedades de estatus y de estrategias de control social, al igual que los centros administrativos (Cherry, 1987; Isbell, 2002; Moore, 1996; Renfrew y Bahn, 1996), lo cual abogarían indudablemente por la presencia de un tipo de señorío precolombino en el valle del río Cuyes, siendo la problemática definir la escala mencionada por Renfrew y Bahn.

Es particularmente un axioma en la arqueología americana que la construcción de montículos grandes, de pirámides y de otras estructuras monumentales requiere de un cuerpo grande de trabajadores, de una autoridad política, y de una ideología compartida (Lippi, 1998 a: 337).

Asimismo, Drennan (1991) señala que las obras colectivas (construcción por ejemplo), son un factor que permite evaluar la capacidad de los líderes a controlar el esfuerzo de una mano de obra. Salazar (2000) recalca que las sociedades amazónicas contaban sin duda alguna con el grado de complejidad política suficiente para la construcción de dichas estructuras, teniendo además en cuenta la ubicación estratégica del valle del río Cuyes en una zona de contacto entre Sierra y Amazonía (Ibid.). Desde una perspectiva práctica, Lippi (1998 a) hace precisamente referencia a lo limitante que son las hachas de piedra para despejar un bosque e implantar un asentamiento.

Otro de los rasgos percibidos como característico de los cacicazgos es la belicosidad (Drennan, 1991; Sanders, 1979), la cual se da esencialmente entre los señores y sus súbditos, en el marco de una competencia a nivel de la escala jerárquica de los cacicazgos (Drennan, 1991).

Morris (1985) establece que las unidades territoriales discontinuas o que cuentan colonias fuera de su núcleo originario son efectivamente propensas a generar y enfrentar conflictos, los cuales son por cierto una fuente importante de cambio social desde un punto de vista antropológico. Este tipo de tensiones se genera a menudo en zonas abundantes en recursos (islas) generalmente explotados por diversos grupos, convirtiéndose así en focos multiétnicos de comercio y escenarios de tensiones políticas (Morris 1985; Brown-Vega, en prensa), lo cual explicaría una vez más la presencia de fortalezas en la zona del Cuyes (ahora, ¿lo son realmente? Reflexionaremos al respecto en la propuesta de clasificación tipológica de los sitios).

Diversas hipótesis correspondientes a la propuesta del “señorío poderoso” han sido planteadas respecto al fenómeno de surgimiento de los centros cacicales. Godlund señala por ejemplo que éstos aparecen a menudo en las periferias de los centros mayores, mientras que autores como Marshall proponen que estos centros mayores surgen precisamente a partir de centros menores (en Hodder y Orton, 1976). En un punto medio, Hodder y Orton (Ibid.) sugieren que los dos fenómenos pueden manifestarse simultáneamente, de acuerdo al contexto específico de los sitios estudiados y en grados determinados.

Enfoque comparativo

Varios son los investigadores que han trabajado en zonas de estribación retomando los rasgos de este tipo de modelos en el caso de los Andes Septentrionales: Ramírez de Jara en Sibundoy (Colombia), Tamara Bray en Pimampiro y Ronald Lippi en la región yumbo (Ecuador), y Ruth Shady en Perú, por citar algunos ejemplos.

El estudio de Ramírez de Jara (1996) en el valle de Sibundoy (suroccidente de las estribaciones andinas orientales de Colombia), cobra todo su sentido aquí al tratarse de una región similar al caso del valle del río Cuyes, tanto a nivel del escenario ecológico como en su componente multiétnico y los procesos históricos que han podido ser rastreados en ambos casos gracias a la evidencia documental. Por otra parte, tal como lo señala Bray (2003), las zonas septentrionales del Tahuantinsuyo ofrecen evidencias más claras sobre los patrones culturales preincaicos, menos alterados debido a una ocupación más breve por el incario.

Dos etnias compartían el territorio de Sibundoy: los Inga (migrantes nómadas), y los Kamsá (agricultores sedentarios) (Ramírez de Jara, 1996). Según la evidencia recogida, la zona conoció además un breve periodo de presencia inca. A inicios de la colonia, las poblaciones de Sibundoy fueron luego trasladadas a reducciones de la Sierra, fomentando así una ruptura entre Andes y Amazonía, la cual se confirmará en el siglo XVIII, al ser la zona totalmente abandonada, tal como ocurriera en Jima con los habitantes del valle del río Cuyes en la misma época. Por otra parte, los recursos mineros del valle de Sibundoy fueron también explotados en la colonia. Ramírez de Jara sugiere un modelo en que cada uno de los pisos ecológicos en juego en su área de estudio “conformaba un bloque productivo que a través de redes comerciales interregionales entraban en contacto”. Según las evidencias encontradas por Ramírez de Jara (Ibid.), los pobladores precolombinos de Sibundoy eran comerciantes, lo cual conduce a la autora a calificar a esta zona de “frontera fluida”, es decir, de “zona de amortiguación” o contacto comercial entre diversas etnias que compartían no obstante referencias territoriales y políticas.

Citando a Taylor (1988), asegura que los señores andinos estaban fuertemente vinculados a sus pares del piedemonte, a quienes no controlaban directamente, pero cuyo contacto buscaban mantener (Ramírez de Jara, 1996). Cieza de León habla de caminos antiguos de contacto entre sierra y piedemonte, pasando por el páramo (Ibid.).

En cuanto a la presencia incaica; señala que ésta no fue decisiva, pues el imperio se interesaba principalmente por las estribaciones occidentales, cuyos recursos eran similares y los pobladores, mucho menos belicosos que en las vertientes orientales. Además, en la cosmología inca, las tierras orientales correspondían al “urin” (el abajo), lo cual era de cierta manera un impedimento ideológico para su conquista (Ibid.).

Más al sur, en la región de Pimampiro, Bray (1995) llevó a cabo una investigación acerca de las relaciones entre las tierras bajas orientales y los Andes. La investigadora recalca que los escasos trabajos sobre la zona llevaron a concluir precipitadamente que se trataba de una región marginada y atrasada, cuando el registro arqueológico abogaría más bien por su riqueza, generada por el contacto entre las dos esferas culturales aquí en juego (Sierra y Amazonía). En épocas de la colonia, Pimampiro era conocido como puerto de comercio y ruta de entrada al Oriente. Según Bray, las referencias etnohistóricas relativas al sector dan cuenta de complejos procesos de intercambio entre Sierra y Amazonía, que se realizaban en diversos planos, desde lo económico hasta lo ideológico, pasando por lo político (Ibid.). Por otra parte, el análisis iconográfico de los petroglifos hallados en la zona revela la recurrencia de motivos pasto y amazónicos (Quijos, Canelos), razón por la cual Bray confirma que el intercambio practicado en Pimampiro se realizaba además en la esfera de lo ideológico (Bray, 1998).

A raíz de sus investigaciones, Bray describe el patrón de asentamiento de Pimampiro de la siguiente manera:

El pueblo de Pimampiro descrito por Borja fue un centro de poder regional durante el periodo prehispánico más tardío. Dentro de su esfera de influencia había una cantidad de aldeas situadas en las partes bajas de los valles de Coangue, Puenalchi y Ambuqui, además de otras en las tierras altas circundantes. El distrito de Pimampiro estaba relacionado estrechamente con el cacicazgo de Caranqui, aunque parece haberse mantenido como un estado semi-independiente respecto a sus vecinos más poderosos (Bray, 1995: 34).

Para Bray (Ibid.), el modelo de análisis del puerto de comercio ofrece un enfoque representativo de las dinámicas entre Sierra y Amazonía en esa región. Pimampiro era un importante centro multiétnico de comercio, en que se hablaba una lengua similar a la de los Quijos.

Por su parte, Lippi (1998 a) plantea que los asentamientos precolombinos del noroccidente de la actual provincia de Pichincha (zona yumbo) corresponden a cacicazgos multiétnicos de poblaciones venidas inicialmente desde la Costa y la Sierra con la intención de explotar los recursos locales, para asentarse luego de forma permanente y agruparse en cacicazgos. El arqueólogo señala no obstante que la influencia caranqui sobre estas agrupaciones políticas parece haber sido importante, especialmente poco antes de la llegada de los Incas; de hecho, no se descarta que los señoríos en cuestión hayan llegado a ser caranquis para ese momento.

Respecto a la época más tardía del periodo precolombino, Lippi (Ibid.) observa que los Incas no mostraron mayor interés en la región yumbo; se conformaron con breves excursiones en el sector, de cara al control de las importantes redes comerciales entre los Yumbos y las demás agrupaciones de la Sierra Norte. La diferencia con el valle del río Cuyes es no obstante la presencia de oro, lo cual incrementa considerablemente el interés de la zona dentro de las lógicas del incario... Por otra parte, habrían sido precisamente las sociedades complejas (a menudo plasmadas en la construcción de estructuras monumentales), las que habrían atraído a los Incas (Bray, 1992). Lo mismo habría podido suceder en el caso del valle del río Cuyes, de haber existido las estructuras actualmente conocidas antes de la conquista inca.

Por último, a raíz de sus investigaciones en la ceja de selva septentrional peruana, Shady (2000) estableció que los pobladores precolombinos del sector eran comerciantes especializados en la extracción de sal, oro y piedra (para la fabricación de artefactos), los cuales exportaban a diversas agrupaciones localizadas en la actual frontera amazónica entre Ecuador y Perú. Estas comunidades, asentadas a lo largo de los ríos y quebradas de acuerdo a un patrón habitacional disperso, eran así “agentes en la comunicación a larga distancia por las vías del Ucayali-Marañón” (Ibid.).

A manera de balance de esta segunda propuesta, vemos luego que la ubicación geográfica y “cultural” del valle del río Cuyes se enmarca también perfectamente dentro de los modelos existentes en torno a la aparición y las características de los cacicazgos, y del escenario de los cacicazgos cañaris autónomos planteado más precisamente por las últimas investigaciones llevadas a cabo en el austro ecuatoriano. Por otra parte, la influencia inca es aquí menos importante que en el modelo anterior.

Balance de las distintas propuestas

A la hora de sacar las conclusiones de esta primera etapa de nuestro reconocimiento arqueológico, algunos puntos quedan establecidos acerca de las evidencias y las problemáticas principales del área de estudio aquí analizada.

En primer lugar, y al parecer, las propuestas exploradas hasta aquí acerca de la filiación cultural del Cuyes precolombino hacen prácticamente referencia de forma unánime a la presencia de poblaciones cañaris y shuars, lo cual implica intercambios económicos, étnicos, ideológicos, y tensiones políticas propios de lo que vendría a ser una zona de frontera geográfica (paso de los Andes a la selva, o vice-versa) y cultural. El tema de la presencia inca, por su parte, es ambiguo. Las tradiciones orales no lo apoyan, mientras que las dos últimas propuestas analizadas más arriba abogan por una presencia inca, aunque limitada, con excepción de Peter Ekstrom, quien atribuye la construcción de las estructuras del valle a los Incas (aunque la evidencia material que él menciona como sustento de su punto de vista es relativamente escasa). Cabe también resaltar que los datos etnohistóricos sugieren la presencia de mitimaes.

La segunda problemática latente aquí –fuertemente ligada a la anterior- se refiere al tipo de organización política que rigió la configuración de los patrones de asentamiento en el valle. Si bien la variable del control vertical de varios pisos ecológicos es recurrente en la bibliografía revisada, la tradición oral y las investigaciones de Carrillo proponen que el centro político del señorío Cuyes se ubicaba en las tierras bajas, mientras que los demás autores se inclinan más bien por una ubicación serrana de dicho centro. Al parecer, la perspectiva comparativa favorecería la propuesta de Carrillo, mientras que la investigación etnohistórica no ofrece elementos concluyentes al respecto. Por otra parte, la presencia de un centro tipo El Cadi se compaginaría quizá difícilmente con la subordinación a un centro serrano.

Anticipando de alguna manera los planteamientos del siguiente informe que será presentado en el marco de este proyecto, y pensando ahora en las implicaciones de las propuestas previamente analizadas a nivel del material arqueológico de la zona, valga recalcar que dado la poca investigación existente en el área, es un poco difícil por el momento “ver” un sistema vertical, una lógica imperial de control espacial, un señorío poderoso cañari, un contacto cultural entre pisos ecológicos, o una organización social compleja en el registro arqueológico. Estos son sin duda alguna posibles temas de estudios posteriores para el sector. Pero antes de poder abordarlos, es preciso contar con una muestra de material cerámico que nos permita aproximarnos a la cronología y a la filiación cultural de los sitios (objetivos principales de este proyecto). En base a lo explorado hasta aquí, sabemos que esperamos encontrar cerámica cañari, inca, y quizá algún tipo de cerámica cañari local de influencias “amazónicas” o cerámica “amazónica” en sí. Una vez delimitados y analizados los sitios monumentales, quizá se pueda proponer una distribución más precisa de estos tipos de cerámica a nivel espacial. Por esta razón, antes de abordar esta reflexión, es preciso contar con una delimitación clara de los sitios, que nos autorice a proyectar sectores específicos en cada sitio en que los cateos y las pruebas de pala puedan ofrecer material pertinente dentro del contexto del trabajo. A continuación, se presentará precisamente la metodología que será empleada en el campo para delimitar los sitios.

METODOLOGÍA

Como vimos, la metodología del reconocimiento arqueológico ofrece un rango de aplicaciones que otorga cierta flexibilidad al investigador, al permitirle seleccionar las herramientas que le parecen más adecuadas de acuerdo a los intereses específicos de su tema de estudio, de su pregunta de investigación y del contexto del proyecto, parámetros que requieren desde luego ser debidamente sustentados (Moore 1996: 183-4).

Luego de presentar brevemente el concepto de monumentalidad (enfoque central de la investigación), se pasará aquí a describir la metodología que será usada en la etapa de delimitación de los sitios (componente espacial).

La monumentalidad

Las evidencias materiales más visibles son aquellas que indican focos de ocupación más fuertes o importantes (Sanders, 1979), por lo cual se puede esperar que la presencia de monumentos sea un indicador elocuente del escenario precolombino de una región. Como vimos, la monumentalidad es generalmente asociada a la presencia de elites que ejercen relaciones de poder sobre individuos o grupos de individuos de menor estatus, fenómeno que por mucho tiempo había sido descartado del escenario precolombino amazónico, favoreciendo así la relevancia de nuestra área de estudio. Así, la monumentalidad refleja y promueve estrategias de poder (Gnecco, 2005).

(...) los monumentos son estructuras no-domésticas y no-prosaicas, separadas de la cotidianidad. Los monumentos son públicos, aunque lo público puede escalonarse desde unas pocas familias hasta una nación o estado de millones de habitantes. Los monumentos son estructuras diseñadas para ser reconocidas, expresadas por su escala o elaboración, aunque su significado no sea comprendido por todos los miembros de la sociedad (Moore, 1996: 92, traducción de la autora).

La evidencia monumental ayuda a clasificar los sitios de acuerdo a su función. Así, la presencia de monumentos en un sitio es, para Banning (2002), una suerte.

En su estudio sobre la desigualdad social en el valle de Ambato (Argentina), Laguens trabajó en base a la evidencia monumental de los sitios, la cual clasificó en cuatro categorías: sitios muy grandes (los menos numerosos), grandes, medianos y pequeños. Laguens subraya que:

Los recursos del primer componente son bienes muebles de una escala espacial grande, altamente visibles, de alta obtrusividad y con alto costo energético en su construcción y mantenimiento, incluyen un alto volumen de recursos, desde la materia prima hasta la fuerza de trabajo para su construcción y, en tanto entidades espaciales, escenarios potenciales de una alta variedad de prácticas múltiples. Estas propiedades implican elementos con un fuerte potencial de comunicación, con una alta carga simbólica, de inmediata denotación y susceptibles de ostentación pública; seguramente fueron símbolos del poder estructurante de las prácticas que adquirió el espacio construido (Laguens, 2006: 114).

El entorno construido ha llegado a formar parte integrante del entorno cultural (Moore, 1996). Los patrones y significados del entorno edificado reflejan modos de ser culturales. Para Moore, el registro monumental evidencia un conjunto de sistemas culturales, que van desde dimensiones sociales hasta aspectos vinculados al ámbito de lo político. Plantea que los monumentos –y en su caso de estudio, los monumentos andinos–, atañen el espacio de lo público y de la motivación colectiva, ya sea en el momento de la construcción o del uso de las edificaciones (Ibid.).

Si bien estas tendencias son relativamente actuales, el reconocimiento arqueológico a partir de la evidencia visible desde la superficie, en especial monumentos,

es una técnica antigua en arqueología, que sigue vigente en contextos actuales (Banning, 2002).

La ubicación y el registro de estructuras cobran una variedad de formas en el reconocimiento arqueológico. Su papel más restringido se da en entornos cuyas condiciones -tales como una vegetación densa- vuelven la búsqueda de materiales de superficie imposible, o al tratarse de reconocimientos a gran escala orientados hacia un objetivo manejable, que permite enfocarse en un trabajo más detallado (Tabor, 2004: 58).

Whalen y Minnis (2001) aplicaron este enfoque de relación entre monumentalidad y poder al análisis de los vestigios monumentales del área de Casas Grandes (Chihuahua, México). Las medidas de los anchos de los muros en asociación a la ubicación de las estructuras y la presencia o ausencia de material exótico les permitieron así comprobar que los recintos de muros gruesos se asociaban a las elites de la región. Este ejemplo ilustra claramente la propuesta de Moore (1996), al señalar éste que, efectivamente, rasgos sencillos tales como los anchos de las entradas o las dimensiones de los muros brindan información acerca del propósito de un edificio: ¿se trata de un espacio diseñado para ser abierto o cerrado? ¿busca imponerse reflejando luego una variable de estatus? Detalles que serán utilizados en nuestra reflexión tipológica (informe final de este proyecto).

Presentación general de la metodología

En esta primera etapa de la fase de campo, se llevará a cabo una prospección por observación (o el tipo “descubrimiento” de Burger), técnica que funciona en gran medida en reconocimientos enfocados en el estudio de construcciones o de tipos de sitios específicos (que pasan a ser las unidades del reconocimiento arqueológico –aquí, los sitios monumentales) (Banning 2002: 13), es decir, de entornos que constituyen evidencias de algún tipo de actividad humana en el pasado (Demoule y otros 2005: 46; Burger y otros 2002-4: 410). Por consiguiente, la prospección por observación da preponderancia al contexto geográfico y a los ecofactos (topografía por ejemplo), así como a su papel dentro de la distribución espacial del registro, plasmando dichos datos en la elaboración de mapas (Andrew 2006:2; Banning 2002: 13). Efectivamente, en palabras de Andrew, “leído como un palimpsesto, el paisaje lleva la huella de un amplio rango de rasgos físicos más o menos obvios de actividades pasadas” (Andrew 2006: 9).

La familiarización del investigador con el contexto cultural y natural de la zona se da desde la etapa de la investigación bibliográfica preliminar. En el presente caso, dicha etapa nos permitió tener en mente de antemano el tipo de registro que se iba a encontrar, en el marco de las diversas propuestas enunciadas al respecto. A nivel práctico, sabemos por ejemplo que existe una fuerte erosión en la zona, lo cual representa un riesgo para los sitios. La densidad de la vegetación puede proteger los sitios, y destruirlos también, a más de dificultar su acceso y estudio, lo cual es tomado en cuenta a través del criterio de

visibilidad. La visibilidad define la facilidad con que los sitios pueden ser ubicados. En el valle del río Cuyes, la vegetación de ceja de selva disminuye considerablemente la visibilidad del material (por lo cual es fundamental contar con la colaboración de las poblaciones locales, conocedoras del medio).

Estos criterios son definidos con mayor precisión en la fase de campo, en que el investigador toma nota de los diversos factores del entorno relevantes dentro de la interpretación de los sitios y sus problemáticas de estudio más específicas) y al contexto general de la investigación (Banning 2002: 202; Molyneaux 2005: 114, 120; Tabor 2004: 36; Vermeulen 1982: 95).

De hecho, las herramientas principales de este tipo de reconocimiento consisten en el GPS, mapas (ya disponibles o que serán generados a partir de la información recuperada en el campo) y formularios. El GPS es un “sistema de posicionamiento por satélite sobre la superficie de la tierra”, muy usado en los reconocimientos arqueológicos, pues se trata de una herramienta sencilla de localización de sitios (Rodier y Saligny 2006: 13,15), especialmente si uno de los objetivos del proyecto es la elaboración posterior de mapas. El GPS constituye un instrumento fundamental en el reconocimiento arqueológico, sobre todo cuando éste trabaja con sitios poco conocidos o que los mapas disponibles no están actualizados (Renfrew y Bahn 1996: 84).

Los mapas son también indispensables en el reconocimiento arqueológico y la familiarización del investigador con su sitio de estudio. Entre los diferentes tipos de mapas, se destaca el mapa topográfico. Éste representa las diferencias de elevación del terreno mediante curvas de nivel y líneas de contorno (Renfrew y Bahn 1996: 82).

El levantamiento de los sitios será realizado con estación total. Dicho levantamiento tomará en cuenta la topografía de cada sitio, esencial de cara a la interpretación de posibles funcionalidades de las estructuras monumentales. Este levantamiento desemboca en un mapa que representa las variaciones del terreno así como la localización de elementos culturales (Singh et al., 2000: 5).

Las estaciones totales contienen un EDM (para medición de distancias), y un teodolito (para la medición de niveles) (Domingo et al., 2007). El EDM (Electronic Distance Measuring) es un instrumento electro-óptico. Emite un rayo infrarrojo que es captado por un prisma reflector ubicado en el punto que se quiere situar. Este reflector devuelve el rayo al EDM, el cual registra la distancia recorrida por el mismo. El EDM no toma en cuenta elevaciones, por lo cual la estación total comprenderá un teodolito que permitirá ubicar el punto en un plano horizontal (la estación total también capta ángulos) (Singh et al., 2000: 5).

La estación total es una herramienta comúnmente utilizada en arqueología, especialmente debido a su precisión para el mapeo de los sitios, y al carácter digital de la información registrada. Este registro incluye la distancia horizontal, la distancia geométrica, el desnivel, la pendiente, las coordenadas cartesianas x , y , z , así como los ángulos horizontal y vertical de los diversos puntos de referencia de un componente espacial específico. La información así obtenida es luego procesada mediante programas tales

como AutoCAD o MicroStation, que permiten realizar planos tridimensionales y secciones (Domingo et al., 2007).

Una estación total comprende la estación, el trípode, el prisma y las baterías. En el momento de ubicar la estación en el campo, es preciso escoger un punto a partir del cual se cuente con un campo de visualización idóneo que permita abarcar la mayor cantidad posible de puntos. Estos puntos deben ser ubicados con anticipación, de acuerdo a los objetivos específicos del trabajo. Así, se llevará un registro de los nombres y número de cada punto tomado, de sus coordenadas x , y , z , de la unidad espacial a la que pertenecen, y a su tipo.

Tras colocar el trípode, se ajustará sobre él la estación; es imprescindible asegurarse de que está nivelada correctamente, lo que conviene comprobar en tres posiciones distintas. Una vez posicionadas, se toma la altura del instrumento -distancia desde el centro de la lente de observación a la cabeza del clavo topográfico-, se introducen las coordenadas $-x,y,z-$ de la estación y del punto de referencia (o bien el ángulo horizontal de esta medición). Es conveniente definir al menos tres o cuatro puntos de referencia. El origen de coordenadas es preferible situarlo en $x=1000$, $y=1000$, $z=100$ si se quiere evitar los números negativos (Domingo et al., 2007: 160).

En último término, la información general del sitio será consignada en formularios.

Registro y levantamiento de los sitios

Cada sitio monumental del valle del río Cuyes será registrado en formularios. Nuestro formulario (ver más abajo) se dividirá en dos partes: información general, e información específica. La información general agrupa los datos de localización de cada sitio, útiles en la elaboración del mapa general de los mismos: el código, su nombre tal como aparece en las cartas topográficas (si aparece), o tal como lo conocen los moradores de las comunidades aledañas. La variable de la extensión es un dato descriptivo, relevante tanto a nivel del inventario del sitio como bien patrimonial (al igual que el nombre del propietario) así como en el de posibles inferencias sobre su funcionalidad, en el marco por ejemplo de análisis espaciales. La accesibilidad o descripción del itinerario para llegar al sitio, es asimismo relevante desde el punto de vista práctico del inventario (susceptible de ser además retomado por otros arqueólogos eventualmente interesados en los sitios), así como de la reflexión sobre su funcionalidad.

La información específica se refiere más particularmente a factores directamente relacionados con la descripción del registro material, su entorno y su estado de conservación.

Proyecto Arqueológico Valle del Río Cuyes

Ficha de Registro de Sitio Monumental

INFORMACIÓN GENERAL:

Sitio #: _____ Código: _____

Nombre(s) del sitio (carta topográfica/toponimia local): _____

Coordenadas: _____ N
_____ E
_____ msnm

Extensión: _____ metros cuadrados

Accesibilidad: _____

Propietario: _____

INFORMACIÓN ESPECÍFICA:

Material de superficie: Lítica Cerámica Otros
 Densidad _____ Densidad: _____

Estructuras: ___ Recintos ___ Muros ___ Zanjas ___ Plataformas ___ Caminos ___ Encauzamiento de
 río ___ Canales ___ Terrazas ___ Camellones / Otros

Material: Piedra: Esquisto Canto rodado Otros

 Bahareque Adobe Otros

Estado de conservación: Bueno Regular MaloProceso de formación: Antropogénico Zoogénico Fotogénico
Otros _____

Visibilidad (del sitio y desde el sitio):

Piso ecológico: Bosque húmedo montano bajo Bosque muy húmedo montano bajo Bosque húmedo pre-montano

Relieve/geología: Planicie Montaña Afloramiento natural Loma

Nombre:

Hidrografía: Río Riachuelo Cascada Lago

Nombre:

Ubicación:

Tipo de vegetación / Cultivos:

Densidad: Alta Regular Baja

Fauna:

Relación con otros elementos / sitios:

Anexos:

Croquis (atrás)

Observaciones:

Fecha: ___/___/2009

Por: _____

Se registrará asimismo la presencia de material de superficie, en los casos en que ésta pueda ser evidenciada. Se consagrará desde luego un apartado a los tipos de estructura y su material.

Dentro de las variables de conservación, se tomarán en cuenta la visibilidad, el estado de conservación y la influencia visible de factores antropogénicos de alteración (uso contemporáneo de los terrenos como pastizales o áreas de explotación de recursos particulares).

Entre los ecofactos, aparecen –como vimos-, el piso ecológico, la orografía y la hidrografía principalmente.

Por último, las observaciones y la evidencia de posibles relaciones entre sitios, para la interpretación de los mismos. Al culminar esta primera etapa de la fase de campo, la información recuperada a partir de los formularios será sintetizada en una matriz de Excel.

Se reservará un espacio a la elaboración de un croquis que permita forjarse una idea de la ubicación y configuración generales de las estructuras, junto a los códigos de las fotografías correspondientes a cada una.

Se realizará un formulario a parte de identificación de las fotografías (digitales), con su código, el sitio al que corresponde con una descripción y la fecha en que fue tomada.

Se trabajará en un mismo formato respecto a los puntos GPS /códigos correspondientes al levantamiento de los sitios: cada uno de ellos será registrado en una tabla, en que aparezcan su número de identificación, su contenido (ej.: Norte, Este, altura), y el lugar al que corresponden con una descripción.

El registro de terrazas se realizará de forma diferente, adjuntando al formulario de cada conjunto una tabla con los códigos de las terrazas (correspondiente al código del sitio junto al número correspondiente de la terraza (ej.: SM1 para la primera terraza ubicada en el conjunto de terrazas ubicado en San Miguel), junto a los datos de cada terraza: coordenadas GPS, alto, ancho, largo y foto correspondiente.

El croquis de cada formulario servirá además de base al registro de los sitios: al llegar a cada uno de ellos, los integrantes del proyecto los recorrerán, y entre el equipo, así como con la ayuda de los guías, se realizará conjuntamente un esquema del sitio, de manera a ubicar los puntos principales que permitirán definir la configuración de las estructuras antes de medir sus principales componentes: se tomará así el ancho, el alto y el largo de muros, zanjás y entradas, antes de fotografiarlos despejándolos superficialmente con machete en ciertos sectores. Se procederá simultáneamente a realizar un levantamiento de los sitios con estación total, el cual permitirá mapear y dibujar los sitios.

Un mapa general de sitios será elaborado en base a sus coordenadas GPS tal como se las tomarán en el campo.

En último término, se espera que la información así recuperada permita definir un primer acercamiento acerca de la afiliación cultural y eventualmente funcional de los sitios estudiados, gracias a los dibujos, mapas y a la investigación bibliográfica generada en la etapa anterior. Esta etapa se concentrará asimismo en la dimensión espacial del proyecto, a través de la delimitación de sitios.

Con esta información en mente, se volverá al campo con el objetivo de indagar acerca de las asociaciones cronológicas y culturales de los sitios (y eventualmente sobre su función), esta vez aplicando una técnica de recolección de materiales por pruebas de pala y cateos en aquellos sectores estratégicos de las estructuras identificadas y/o por selección aleatoria. Siendo la idea realizar cateos en puntos estratégicos de los sitios (ubicados durante la fase de reconocimiento por observación), y pozos de sondeo en las áreas periféricas y en las estructuras como terrazas o montículos pequeños por ejemplo.

CONCLUSIÓN

A modo de balance de esta primera etapa de la investigación, cabe recordar la relevancia de la monumentalidad del valle del río Cuyes dentro del contexto científico y cultural actual. Monumentalidad ubicada –tal como lo evidenció este informe- en un medio ecológico que refleja a la vez riquezas y limitaciones desde un punto de vista del entendimiento de los escenarios precolombinos del área y del contexto logístico del presente proyecto. Por su parte, las evidencias etnohistóricas rescatadas aquí señalan la existencia de cacicazgos en el área, definida también como escenario de encuentros bélicos entre Cañaris, Incas y Shuars principalmente. Estos datos ocasionaron la propuesta de diversas hipótesis acerca del origen cultural de los habitantes prehispánicos del valle del río Cuyes, tema que el presente proyecto se propone, si no resolver, al menos aclarar.

Desde este punto de vista, se espera que el primer acápite de la metodología que será empleada en nuestra primera fase de campo de cara a la confrontación de esta problemática – a saber, el registro y el levantamiento topográfico de las estructuras-, permita ya aportar información al respecto, y más que nada, sentar las bases de la fase de cateos que será llevada a cabo en la siguiente fase de campo, con el objetivo de recoger muestras de material orgánico y cultural que permitan profundizar este primer acercamiento espacial de nuestra problemática de estudio.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Vázquez, Carlos. "Xima", en *Obras completas de Carlos Aguilar Vázquez, 1897-1967, Prosa, vol.5*, Ministerio de Educación. Quito, 1974.

Alcedo, Antonio de. "Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América", en *Cuenca a través de cuatro siglos*, t.II, Dirección de Publicaciones municipales, pp. 137-145. Cuenca, 1970.

Andrew, David. "Finding sites", en *Archaeology in practice*; Jane Balme y Alistair Paterson eds., Blackwell Publishing, pp. 1-38. India, 2006.

Archivo del Cabildo Eclesiástico de Cuenca. "Testamento de don Francisco Auquilla", Carpeta Gob. Administración, f. 42, 1736.

Archivo Municipal de Cuenca. Acta de Cabildo del año de 1576 firmada por Pineda, Pedro de, en *Cuarto Libro de Cabildos 1575-156-1577-1578*, Xerox del Ecuador, follo 67 v. Cuenca, 1982.

Archivo Nacional Histórico de Cuenca. Testamento de Diego Tesa Andicela, ANH/C L. 521-258, 1676

Testamento de doña Juana Tasa Andicela, ANH/C L. 531-644, 1699

Ordenanza para la creación del pueblo de Paccha, 107.853, ff. 13-19, 1711.

Venta de 10 cuadras de tierras en el sitio nombrado Paccha, ANH/C L. 538-769v, 1736.

Archivo Nacional Histórico de Quito. Serie Cacicazgos, Caja 21, libro 5, ff. 27-32, 1782.

Serie Cacicazgos, Caja 21, libro 5, ff. 64-65, 1783.

Serie Tierras, Caja 14, ff. 27-32, 1682

Banning, E.B. *Archaeological Survey*, Kluwer Academic/ Plenum Publishers. Estados-Unidos, 2002.

Barragán, G. Jorge; Carlos Ortiz; Michel Z. Merlyn. "Gisements alluviaux d'or", La Paz, 1-5 de junio de 1991. Tomado de www.ird.fr

Benavente, Hernando. "Relación de la conquista de Macas por el Capitán Hernando Benavente", en *Conquista de la región jívara (1560-1650)*; Anne-Christine Taylor, Cristóbal Landázuri eds., MARKA/IFEA, pp. 59-64. Quito, 1994.

Berthelot, Jean. "The extraction of precious metals at the times of the Inka", en *Anthropological history of Andean polities*, John V. Murra; Nathan Wachtel, Jacques Revel eds., Cambridge University Press & Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 69-88. Estados-Unidos, 1986.

Bray, Tamara. "Archaeological survey in northern highland Ecuador: Inca imperialism and the pais Caranqui", in *World Archaeology* 24(2):218-233, 1992.

“Pimampiro y puertos de comercio: investigaciones arqueológicas recientes en la Sierra Norte del Ecuador”, en *Perspectivas regionales en la arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, Cristóbal Gnecco, ed., Editorial Universidad del Cauca, p. 30-48. Popayán, 1995.

“Monos, monstruos y mitos: conexiones ideológicas entre la Sierra septentrional y el Oriente del Ecuador”, en *Intercambio y comercio entre la Costa, Andes y Selva: Arqueología y Etnohistoria de Sudamérica*, Felipe Cárdenas-Arroyo y Tamara L. Bray, eds., Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, p. 135-154. Bogotá, 1998.

Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Abya/Yala, Marka, Quito, 2003.

“Late Prehispanic Chiefdoms of Highland Ecuador”, in *Handbook of South American archaeology*, pp. 527-541, Helaine Silverman, William H. Isbell eds. Springer, NY, 2008.

Brown-Vega, Margaret. “Regional Patterns of fortification and single forts: evaluating the articulation of regional socio-political dynamics with localized phenomena”, en *Comparative Perspectives about the Archaeology of Coastal South America*, Alexander Martín; Enrique López-Hurtado; Robyn E. Cutright eds., University of Pittsburgh Latin American Archaeology Publications, (en prensa).

Burger, Oskar; Lawrence C. Todd; Paul Burnett; Tomas J. Stohlgren; Doug Stephens. “Multi-scale and nested intensity sampling techniques for archaeological survey”, in *Journal of Field Archaeology*, vol. 29, n° 3-4, pp.409-423, 2002-2004.

Bushnell, G.H.S. *An archaeological collection from Macas on the eastern slopes of Ecuadorian*, s/e, 1946.

Cárdenas, Bolívar. *Caciques cañaris*. CCE Benjamín Carrión, Núcleo del Cañar. Azogues, 2004.

Carrillo, Antonio. “El Señorío de los Cuyes”, en *Cuenca ilustre*. N/d.

“El Señorío de los Cuyes”, en *Cuenca ilustre*. 2003.

Chacaltana Cortez, Sofía; Christopher Dayton; Mónica Barrionuevo. “Sistemas de almacenamiento en la costa y la sierra de Colesuyo, Andes Centrales” en *Comparative Perspectives about the Archaeology of Coastal South America*, Alexander Martín; Enrique López-Hurtado; Robyn E. Cutright eds., University of Pittsburgh Latin American Archaeology Publications, (en prensa).

Chacón, Juan. “Historia de las minas de oro y plata, de la antigua provincia de Cuenca”, in *La sociedad azuayo-cañari: pasado y presente*, Leonardo Espinosa editor, Editorial El Conejo. Quito, 1989.

Historia del Corregimiento de Cuenca, BCE. Quito, 1990.

Cherry, J.F. "Power in space: archaeological and geographical studies of the State", in *Landscape and culture: geographical and archaeological perspectives*, J.M. Wagstaff ed., Basil Blackwell, pp. 146-172. Gran-Bretaña, 1987.

Cordero, Luis. "Una excursión a Gualaquiza", en *Indianistas, indianófilos, indigenistas*, Trujillo Jorge ed., Abya-Yala. Quito, 1993.

Cuellar, Andrea. *The organization of agricultural production in the emergence of chiefdoms in the Quijos region, Eastern Andes of Ecuador*. Disertación de PhD, Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh, 2006.

Cutright Robyn E.. "Food, Family, and Empire: Relating Political and Domestic Change in the Jequetepeque Hinterland", en *Comparative Perspectives about the Archaeology of Coastal South America*, Alexander Martín; Enrique López-Hurtado; Robyn E. Cutright eds., University of Pittsburgh Latin American Archaeology Publications, (en prensa).

D'Altroy, Terence N. *The Incas*, Blackwell Publishing. Hong Kong, 2008.

De los Ángeles, Domingo. "Relación que envió a mandar su majestad se hiciese de esta ciudad de Cuenca y de toda su provincia", en *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*, Pilar Ponce Leiva ed., t. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, pp. 372-406. Madrid, 1991.

Demoule, Jean-Paul; François Giligny; Anne Lehoërff; Alain Schnapp. *Guide des méthodes de l'archéologie*, Edición La Découverte. París, 2005.

Dollfus, Olivier. "The tropical Andes: a changing mosaic", en *Anthropological history of Andean polities*; John V Murra, Nathan Wachtel, Jacques Revel eds., Cambridge University Press & Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 11-20. Estados-Unidos, 1986.

Domingo, Inés; Heather Burke, Claire Smith. *Manual de campo del arqueólogo*. Ariel. Barcelona, 2007.

Donkin, R.A. *Agricultural terracing in the aboriginal New World*", Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. Tucson, 1979.

Drennan, Robert. "Pre-hispanic chiefdom trajectories in Meso-America, Central America and northern South-America", en *Chiefdoms: power, economy and ideology*, Timothy Earle ed., School of American Research / Advanced Seminar Series, pp.263-287. Cambridge, 1991.

Statistics for archaeologists. Plenum Press. Nueva-York, 1996.

Durán, Miguel. "Cuyes y Jima: emplazamiento de Cuyes", in *Revista del Centro de Estudios históricos y geográficos*, vol. VIII, pp., 201-209, entrega 3. Cuenca, abril de 1938.

Ekstrom, Peter J. "Responding to a new ecology: adaptations of colonists in eastern Ecuador", in *Papers in Anthropology*, vol. 16, n°1. Department of Anthropology, 1975.

"Colonist Strategies of verticality in an eastern valley", en *Cultural Transformations and ethnicity in modern Ecuador*, Norman Whitten ed., University of Illinois Press, pp. 327-355. Estados-Unidos, 1981.

Erazo, Juan I. *Mapa del Ecuador, Provincias Orientales*, 1: 200000, 1922.

Ferdière, Alain. a) "Introduction", en *La Prospection*; Michel Dabas, Henri Délétang, Alain Ferdière, Cécile Jung, W.H. Zimmermann eds., ediciones Errance, pp. 5-7. París, 2006.

b) "Les Prospections au sol", en *La Prospection*; Michel Dabas, Henri Délétang, Alain Ferdière, Cécile Jung, W.H. Zimmermann eds., ediciones Errance, pp. 21-95. París, 2006.

Festa, Enrico. *En el Darién y el Ecuador, diario de viaje de un naturalista*, Monumenta Amazónica. Perú, 1993.

Fuentes Bonilla, Francisco. "Carta de Francisco de Fuentes Bonilla", en *Investigación histórica de la minería en el Ecuador*, Maximina Navarro ed., t.I, pp. 173, Ministerio de Energía y Minas, Instituto Ecuatoriano de Minería, 1986.

Gassón, Rafael A. "Los sabios ciegos y el elefante: sistemas de intercambio y organizaciones sociopolíticas en el Orinoco y áreas vecinas en la época prehispánica", en *Contra la tiranía tipológica en arqueología*, Cristóbal Gnecco; Langebaek Karl eds., Uniandes-CESA, pp. 31-53. Bogotá, 2006.

Gnecco, Cristóbal. « El poder en las sociedades prehispánicas de Colombia: un ensayo de interpretación », in *Boletín del Museo del Oro* 53, enero-diciembre de 2005, pp. 10-34, Bogotá: Banco de la República.

González Suárez, Federico. *Estudio histórico de los Cañaris, antiguos habitantes de la provincia del Azuay en la República del Ecuador*, Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca. Cuenca, 1922.

Guffroy, Jean. *Catamayo precolombino*, UTPL, IFEA-IRD Éditions. París, 2004.

Harner, Michael. *The Jivaro, People of the Sacred Waterfalls*, Natural History Press. Nueva-York, 1972.

Herrera, José de. "Carta de don Joseph Herrera cuera de San Sebastián de Cuenca", en *Investigación histórica de la minería en el Ecuador*, Maximina Navarro ed., t. II, pp. 25-26, Ministerio de Energía y Minas, Instituto Ecuatoriano de Minería, 1986.

Hirshkind, Lyn. "Cañar incásico", in *Universidad Verdad*, Universidad del Azuay, pp. 15-54. Cuenca, oct. 1995.

Hirth, Kenneth. G. "Interregional trade and the formation of prehistoric gateway communities", in *American Antiquity*, vol. 43, No. 1, pp. 35-45. Enero 1978.

Hodder, Ian; Clive Orton. *Spatial analysis in archaeology*, Cambridge University Press. Cambridge, 1976.

Idrovo, Jaime. *Tomebamba: arqueología e historia de una ciudad imperial*. BCE, Dirección Cultural Regional Cuenca. Cuenca, 2000.

IGM: mapa cuadrícula WGS-84, edición 1 IGM, serie J721, hoja NV1-A3, 3884-III

Mapa CT-ÑVI-C1 1:50 000, 3883-IV, serie J721 1: 50 000

Mapa 1-IGM; J721; ÑVI-C2, 3883-1 1: 50 000

Isbell, William H.; Helaine Silverman. "Chapter I. Theorizing variations in Andean sociopolitical organization", en *Andean Archaeology I, variations in sociopolitical organization*, William H. Isbell; Helain Silverman eds., Kluwer Academic/Plenum Publishers, pp. 3-20. Estados-Unidos, 2002.

Jaramillo A., Pío. *Tierras de Oriente*, Imprenta y Encuadernación nacionales. Quito, 1936.

Jung, Cécile. "La photo et carto-interprétation", en *La Prospection*; Michel Dabas, Henri Délétang, Alain Ferdière, Cécile Jung, W.H. Zimmermann eds., ediciones Errance, pp. 135-166. París, 2006.

Laguens, Andrés. "Espacio social y recursos en la arqueología de la desigualdad social", en *Contra la tiranía tipológica en arqueología*; Cristóbal Gnecco, Karl Langebaek eds., Uniandes-CESA, pp. 99-120. Bogotá, 2006.

Langebaek, Karl Henrik. "De las palabras, las cosas y los recuerdos: el Infiernito, la arqueología, los documentos y la etnología en el estudio de la sociedad muisca", en *Contra la tiranía tipológica en arqueología*, Cristóbal Gnecco; Karl Langebaek editores, Uniandes-CESA, pp. 215-256. Bogotá, 2006.

Lathrap, Donald W. *The Upper Amazon*, Thames & Hudson. Gran Bretaña, 1970.

Ledergerber-Crespo, P. "Factores geográficos en la localización de sitios arqueológicos", in *Cultura y medio-ambiente en el área septentrional andina*, Guinea Mercedes y Jean-François Bouchard eds., Abya-Yala. Cayambe, 1995, pp. 343-375.

"Ecuador Amazónico-Andino: Apropriación de Paisajes y Relaciones Culturales", en *Pueblos y Paisajes Antiguos de la Selva Amazónica*, G. Morcoter Ríos, S. Mora Camacho y C. F. Calvo (Ed.). Bogotá: Univ. Nacional, 2006, pp.131-155.

"Investigaciones arqueológicas en los valles del Cantón Gualaquiza (Provincia de Morona-Santiago)", 2007 in www.arqueo-ecuatoriana.ec

"Sur Oriente Ecuador: apropiación de paisajes a partir del Periodo Formativo Temprano", in *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, Segunda Época, Año 1 – N°1, Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador. Guayaquil, 2008.

Lippi, Ronald. a) *Una exploración Arqueológica del Pichincha Occidental, Ecuador*, Museo Jacinto Jijón y Caamaño. Quito, 1998.

b) “Encuentros precolombinos entre serranos y costeños en el país yumbo (Pichincha Occidental, Ecuador)”, en *Intercambio y comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, Felipe Cárdenas Arroyo y Tamara L. Bray, eds., pp. 115-134. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá, 1998.

Lovecchio, Juan-Luis; Kathryn M. Glaser. *Amazonía ecuatoriana: Quichuas del río Napo*. US Library of Congreso. Ecuador, 2006.

Lozny, Ludomir R. “Public archaeology or archaeology for the public”, en *Theory and practice of archaeological research III: dialogue with the data: the archaeology of complex societies and its context in the 90's*, Stanislaw Tabaczynski ed., Institute of archaeology and ethnology committee of pre and protohistoric sciences, Polish Academy of Sciences, pp. 431-459. Varsovia, 1998.

Malengreau, Jacques. *Sociétés des Andes: des empires aux voisinages*, ediciones Karthala. París, 1995.

Masson, Marylin A. « Trade and exchange », en *Archaeological methods vol.2*, ed. Herbert D.G. Maschner y Christopher Chippirdale eds., Altamira Press, pp. 1138-1178. Estados-Unidos 2005.

Meggers, Betty; Clifford Evans. “The reconstruction of settlement pattern in the South American Tropical Forest”, in *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Gordon R. Willey ed. Viking Foundation Publications in Anthropology, no. 23, 156-64. New York, 1956.

Merisalde y Santisteban, Joaquín de. “Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca: población y hermosura de su provincia”, en *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*, Pilar Ponce Leiva ed., t. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, pp. 369-412. Madrid, 1991.

Meyers, Albert. *Los Incas en el Ecuador: análisis de los restos materiales II*, Abya-Yala; Banco Central del Ecuador. Quito, 1998.

Ministerio de Turismo; I. Municipio de Gualaquiza. *Infraestructura Turística del Cantón Gualaquiza*.

Molyneaux, Brian L. “Archaeological Survey”, en *Archaeological methods vol.1*, Herbert D.G. Maschner y Christopher Chippirdale eds., Altamira Press, pp. 106-132. Estados-Unidos 2005.

Moore, Jerry D. *Architecture and power in the ancient Andes. The archaeology of public buildings*, Cambridge University Press. Estados-Unidos, 1996.

Morales, Pablo; Inge Schellerup a). "La gente y su cultura: los Quichuas de Canelos y Chapetón", in Báez et al, *La gente y la biodiversidad, dos estudios en dos comunidades de las estribaciones de los Andes del Ecuador*, Abya-Yala, pp. 24-54. Quito, 1999.

b) "La gente y su cultura: los Shuar de Makuma y Mutints", in Báez et al, *La gente y la biodiversidad, dos estudio en dos Comunidades de las Estribaciones de los Andes del Ecuador*, Abya-Yala, pp. 90-141. Quito, 1999.

Morris, Craig. "From principles of ecological complementarity to the organization and administration of Tawantinsuyu", en *Andean ecology and civilisation: an interdisciplinary perspective on andean ecological complementarity*, University of Tokyo Press, pp. 477-490. Japón, 1985.

Murra, John V. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Institutos de Estudios Peruanos. Perú, 1975.

"The expansion of the Inca state: armies, war and rebellions", en *Anthropological history of Andean polities*, John V. Murra; Nathan Wachtel, Jacques Revel eds., Cambridge University Press & Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 49-58. Estados-Unidos, 1986.

Nehlig, Pierre. "Les outils et méthodes de la pétrochimie au service de l'archéologie », en *La Géologie, les Sciences de la Terre*; Jean-Paul Bravard, Cécile Cammas, Pierre Nehlig, Pierre Poupet, Pierre-Gil Salvador, Julia Wattez eds., ediciones Errance, pp. 9-56. París, 1999.

Oberem, Udo. *Los Quijos: historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente ecuatoriano*, Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo, n/d.

"Trade and goods in the ecuadorian montaña", en *Native South Americans: ethnology of the least known continent*, Patricia J. Lyon ed., Little, Brown & Company, pp. 346-357. Estados-Unidos, 1974.

"Los Cañaris y la conquista española de la Sierra ecuatoriana, otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI", in *Journal de la Société des Américanistes*, vol. LXIII, Au Siègle de la Société, pp. 263-274. París, 1974-1976.

Ogburn, Dennis E. *The Inca occupation and force resettlement in Saraguro, Ecuador*. A dissertation submitted in partial satisfaction of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy in Anthropology University of California. Santa Bárbara, 2001.

Pacheco Avilés, Miguel. Carta del 11 de febrero de 1781, en *Investigación histórica de la minería en el Ecuador*, Maximina Navarro editora, t. II, Ministerio de Energía y Minas, Instituto Ecuatoriano de Minería, p. 59. 1986.

Pärssinen Martti; Ari Siiriäinen. *Andes Orientales y Amazonía Occidental, ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*, Producciones CIMA. La Paz, 2003.

Patrick, Larry L., "Los orígenes de las terrazas de cultivo", in *América Indígena 4*, vol. XL, Instituto Indigenista Interamericano, pp. 757-772. México, 1980.

Peñaherrera del Águila, Carlos. "Características geográficas de la ceja de la selva en el Perú y sus cambios ecológicos por acción del hombre", en *La forêt dans ses confins andins: la ceja de montaña, actes du 3ème colloque, Association française pour l'étude et la recherche sur les pays andins, A.F.E.R.P.A., Grenoble, 3, 4 et 5 déc. 1977*, Imprimerie de l'Université des langues et lettres de Grenoble, pp.73-80. Grenoble, 1978.

Ponce Leiva, Carmen Rosa. "Estudio sobre los Cañaris", documento del Fondo Cultural de la Biblioteca del Banco Central del Ecuador contenido en una carpeta (código: CU010040). Quito, 1975.

Porras, Pedro. *Reseña histórica de las investigaciones arqueológicas en el Oriente ecuatoriano*. Ecuatoriana, Quito, 1971.

- a. *Fase Cosanga*, PUCE. Quito, 1975.
- b. *Fase Pastaza*, PUCE. Quito, 1975.

Arqueología de la Cueva de los Tayos PUCE. Quito, 1978.

Investigación arqueológica en las faldas del Sangay, Artes Gráficas Señal. Quito, 1987.

Quattrin, Dale W. Uribe. *Prehispanic chiefdoms in the valle de la Plata, vol 4, Vertical economy, interchange and social change during the Formative Period*, University of Pittsburgh/Universidad de los Andes. Pittsburgh/Bogotá, 2001.

Ramírez de Jara, María-Clemencia. *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva: el caso del valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Colombia, 1996.

Rapp, George (Rip) Jr.; Christopher Hill. *Geoarchaeology; the earth-science approach to archaeological interpretation*, Yale University Press. Estados-Unidos, 1998.

Renard-Casevitz, France-Marie. "Guerre, violence et identité à partir des sociétés du piémont amazonien des Andes Centrales », in *Cahiers Orstom, série Sciences Humaines*, vol. XXI, n°1, 1985 : 81-98.

Renfrew, Colin; Paul Bahn. *Archaeology: theories, methods and practices*, Thames & Hudson. Estados-Unidos, 1996.

Rodier, Xavier; Laure Saligny. "Utilisation du GPS en prospection", en *La Prospection*, Michel Dabas; Henri Délétang; Alain Ferdière; Cécile Jung; W.H. Zimmermann eds., ediciones Errance, pp. 13-19. París, 2006.

Rostain, Stephen. "Excavación en área en un montículo de Huapula (proyecto Sangay Upano)", en *Memorias del Primer Congreso ecuatoriano de Antropología vol. VIII, Simposio de Arqueología*, Ernesto Salazar ed., Museo Jacinto Jijón y Caamaño, pp. 227-256. Quito, 1999.

Rostoker, A. *Dimensions of prehistoric human occupation in the southern Ecuadorian Oriente, vol. 1*. Disertación de PhD, Universidad de Nueva-York, 2005.

Salazar, Ernesto. *Pioneros de la selva, los colonos del proyecto Upano-Palora*, Ediciones Banco Central del Ecuador. Quito, 1989.

Pasado precolombino de Morona-Santiago, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo Morona-Santiago. Macas, 2000.

“Cuenca y su región: en busca del tiempo perdido”, in *Cuenca, Santa-Ana de las Aguas*, Ed. Libri-Mundi pp. 19-85. Quito, 2004.

Salomon, Frank. *Ethnic Lords of Quito in the age of the Incas: the political economy of North-Andean chiefdoms*, a thesis presented to the faculty of the graduate school of Cornell University in Partial Fulfillment for the Degree of Doctor of Philosophy, January 1978.

Los señoríos étnicos de Quito en la época de los Incas, IOA. Otavalo, 1980.

"The dynamic potential of the complementarity concept", en *Andean ecology and civilisation: an interdisciplinary perspective on andean ecological complementarity*, University of Tokyo Press, pp. 511-531. Japón, 1985.

Sanders, William T.; Jeffrey R. Parsons; Robert S. Santley. *The Basin of Mexico, ecological processes in the evolution of a civilization*, Academic Press. USA, 1979.

Saulieu de, Geoffroy; Lino Rampón Zardo. *Colección arqueológica de Morona-Santiago del Museo Amazónico de la UPS. Una introducción a la Amazonía ecuatoriana prehispánica*, Abya-Yala. Quito, 2006.

Schortman, Edward M.; Patricia A. Urban. “Modeling interregional interaction in prehistory”, *Advances in archaeological method and theory*, vol.1, Michael B. Schiffer ed., Academic Press, pp. 37-95. Estados-Unidos, 1978.

Segarra I., Guillermo. *Monografía del cantón Sigsig*, Imprenta Editorial Cuenca. Cuenca, 2003.

Shady, Ruth. “Sociedades formativas de Bagua-Jaén y sus relaciones andinas y amazónicas”, in *Formativo Sudamericano*, Ledergerber-Crespo Paulina ed., Abya-Yala, pp. 201-211. Quito, 2000.

Singh, Ron; David Artman, David W. Taylor, Dave Brinton. *Basic surveying - theory and practice*. Ninth Annual Seminar Presented by the Oregon Department of Transportation-Geometronics Unit. Bend (Oregon), February 15th-17th, 2000

Tabor, Richard. *Regional perspectives in archaeology from strategy to narrative*, BAR International Series 1203. Oxford, 2004.

Taylor, Anne-Christine. *Al este de los Andes*, t.II, Abya-Yala. Quito, 1988.

Taylor, Anne-Christine; Philippe Descola. “El conjunto jívaro en los comienzos de la conquista española del alto Amazonas”, in *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 1981, X, n° 3-4, pp. 7-54.

Tello, Baltasar. "Noticias sobre la entrada a Logroño", en *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*, Pilar Ponce Leiva ed., t. II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, pp. 466-470. Madrid, 1992.

Tinoco A., Carlos. *Índice histórico de la diócesis de Cuenca*, editorial Católica de J. M. Astudillo Regalado. Cuenca, 1947.

Truhán, Deborah. "De repartimiento a reducción. La experiencia del pueblo de San Francisco de Paccha (Corregimiento de Cuenca)", in *Universidad Verdad*, Universidad del Azuay, pp. 95-124. Cuenca, oct. 1995.

Valdez, Francisco. "Inter-zonal relationships in Ecuador", en *Handbook of South American Archaeology*, Helaine Silverman y William Isbell eds., Springer, pp. 865-891. Estados-Unidos, 2008.

Valdez, Francisco; Jean Gufroy; Geoffroy de Saulieu; Julio Hurtado; Alexandra Yépez. *Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes*, 2005. En www.ird.fr

Vermeulen, F. "La commune de Saint-Martens-Latem", en *La prospection archéologique : paysage et peuplement- Actes de la table ronde des 14 et 15 mai 1982* ; Alain Ferdière, Elizabeth Zadora-Rio eds., éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 93-95. Paris, 1982.

Watkins, Joe; T.J. Ferguson, en *Archaeological methods vol.2*, ed. Herbert D.G. Maschner, Christopher Chippirdale eds., Altamira Press, pp. 1372-1406. Estados-Unidos 2005.

Whalen, Michael E. ; Paul E. Minnis. « Architecture and authority in the Casas Grandes area, Chihuahua, Mexico », in *American Antiquity*, vol. 66, n° 4, Oct. 2001, pp. 651-668.

Yáñez, Andrea; Catherine Lara. "Arqueología del Valle del Río Cuyes: proyecto preliminar de investigación", 2007, in www.arqueologia-ecuatoriana.ec